

Cuentos de andar por casa

Por Bypils

Índice

El recibidor	4
El baño	15
El dormitorio	26
La cocina	40
El salón	49
La terraza	58
El terrado	74
El garaje	86
El terrado (II)	94
Epílogo	106

Introducción.

“de andar por casa “: loc. adj. coloq. *Doméstico, sin aparato ni ceremonia.*

Es una expresión que alude a lo cotidiano, lo sencillo o lo poco sofisticado, como lo es esta colección de cuentos en los que vamos a andar por una casa, que son muchas casas.

Todas ellas, están en un edificio de seis plantas, un garaje y un terrado, ubicado a cuatro calles del mar.

Visitaremos estancias y espacios, andaremos por ellos y conoceremos a los que allí habitan.

Se abre la puerta del recibidor del tercer piso.

Ya puedes pasar.

El recibidor

La palabra “recibidor” proviene del verbo “recibir”. Es el lugar o espacio donde se recibe.

En la antigua Roma, el *atrium* era el lugar donde se recibía a las visitas, origen de la función del actual recibidor. En la Edad Media, el zaguán cumplía un papel similar. En épocas barrocas, el recibidor se convirtió en una estancia decorada para recibir e impresionar. En el siglo XIX y XX se consolidó como vestíbulo práctico; se podía dejar la ropa de abrigo, los paraguas... En las viviendas actuales, casi ha desaparecido por falta de espacio.

Manuela ha comprado una cesta de mimbre mediana y la ha colocado en el recibidor de su casa.

“Recibidor” es una palabra agradable. El lugar en el que se recibe. No hay trampa ni cartón en esas erres vibrantes de palabra transparente.

Mientras coloca las zapatillas en la cesta, Manuela piensa en lo bonito que es recibir.

Durante muchos años, en cada viaje que hacía con su marido, Manuel, se llevaba del hotel las zapatillas que regalaban junto al frasquito de champú y los

bastoncillos para los oídos. Manuel se quejaba porque no le dejaba usarlas, ni siquiera si había olvidado las suyas. Entonces lo hacía andar con calcetines por la habitación. Nadie sabía cuántos hongos podían vivir allí.

Las va situando, par a par, formando una flor de pétalos simétricos, ya que casi todas las zapatillas son del mismo tamaño. Para ella, siempre eran grandes; para él, siempre eran pequeñas. Algunas aún están en sus bolsitas de plástico. Las ha ido sacando y emparejando, colocando la planta en el interior de la pieza que acoge el pie. Cada oveja con su pareja.

La mayoría son de un papel finísimo que asemeja a la tela y llevan el nombre del establecimiento al que pertenecían: Hotel Riazaor, Hotel Cala Blava, Hotel El Extremeño, Hotel El Alcázar, Hotel Sueños de Oro...

Cada par de zapatillas la hace recordar aquellos tiempos y lugares, aunque hay algunos que no le traen nada a la memoria. El Hotel Flora, por ejemplo. Curiosamente, esas zapatillas son las mejores. Están hechas de algodón de rizo, también finito, pero con el nombre bordado en un precioso hilo de seda rosa.

Las del Crucero Mediterráneo MarLand también destacan, aunque no tanto como las del Hotel Flora. Tiene varios pares repetidos porque la encargada de su camarote les dejaba unas nuevas cada vez que no encontraba las que ya había guardado en la maleta.

Tal vez ese fue el mejor viaje de todos. Manuel estaba encantado y, por él, no hubiesen bajado del barco en ninguna escala.

—Aquí lo tengo todo —decía—. El paraíso concentrado en una barcaza de hierro.

Piscina, bares, salas de juego, discoteca y espectáculos. Se había quedado prendado del mago que, cada tarde, amenizaba la copa del atardecer.

—No le pillo el truco —comentaba al final de cada sesión.

Lo echa de menos. Se fue de sopetón, sin que nadie lo esperara. Dicen que murió de la mejor forma posible, durmiendo, pero a ella le da rabia esa frase. No hay ninguna forma buena de morirse porque te mueres.

Manuela se ha quedado sola y con una lista de viajes por hacer.

—Pero tú tienes a tus hijos —le decía su cuñada María.

María vivía sola con pase premium. Estaba adscrita a la soledad eterna de platino porque nunca convivió con nadie: ni hombre, ni mujer, ni pariente, ni conocido. En su vejez, la independencia de la que hacía gala antaño se fue convirtiendo en su peor enemiga. Los años se habían acumulado en sus huesos inflamados y en sus ojos con glaucoma.

Por primera vez, necesitaba que alguien estuviera con ella y por ella. Manuela le había hablado de la chica venezolana que vivía en el primer piso y, poco a poco, superando todas las reticencias, María se estaba dejando cuidar. Eso aliviaba a Manuela, que quería mucho a su cuñada. Le recordaba mucho a Manuel. Él adoraba a su hermana.

Nunca olvidaría el consuelo que fue María cuando su Manuel murió. Viviendo un duelo intenso, le ayudó a navegar en el suyo, tormentoso y desgarrador. Fue ella la que se quedó para que no estuviera sola, la que iba a comprar y le cocinaba, la que la obligaba a jugar al parchís o a ver la televisión, la que la hacía salir a pasear por la playa... En esos días, María estuvo allí y le permitió no descargar su tristeza en sus hijos mientras ellos vivían su dolor por la pérdida.

Manuela piensa en sus hijos.

Manuel Jr. se casó muy pronto y se separó más pronto aún. Vive en otra ciudad, a quinientos kilómetros de allí. Dice que es por trabajo, pero ella sabe que es para escapar. No la visita con frecuencia, ni a ella ni a su hermana Candelita.

Candelita es su hija pequeña. Hace años que tiene pareja estable, aunque no hay manera de que se case. Tiene una hija preciosa de doce años. Manuela es abuela. Y está contenta porque Manuel pudo disfrutar un tiempo de la nena, su nieta, la princesa, como él la llamaba.

Mira con satisfacción lo bien que queda la cesta de mimbre llena de zapatillas. Al lado ha colocado un banco bajo que ella misma ha montado, siguiendo las indicaciones del fabricante sueco, para dejar los zapatos.

¡Cómo pasa el tiempo! Cuando aún no habían llegado los hijos, no existían esas zapatillas. Las fueron acumulando cuando sus hijos se fueron de casa y ellos tuvieron más tiempo para vivir sus vidas. Después, la nieta hizo menguar la colección, porque tenían que ayudar a Candela con los horarios del colegio y las actividades extraescolares, pero les gustaba estar con la princesa. ¡Quién le iba a decir a Manuel que sería por tan poco tiempo!

La fragilidad de la vida se le había hecho evidente. Sabía que despertarse cada día no era una rutina, sino un milagro que se producía a diario. Su abuela se lo decía siempre, pero, aun teniendo esa preciada información, hasta que Manuel murió no fue consciente de que el ahora es lo único que importa.

Se había creado un ahora más o menos feliz, haciendo cosas que en otro tiempo hubiese dejado para más tarde, por ejemplo, lo del parquet del piso.

Desde el recibidor, el pasillo se ve brillante. Entra la luz del sol desde el salón y parece que está mojado. Hace poco que le han pulido el suelo de madera. Llevaba tiempo queriéndolo hacer, pero una visita fortuita a su vecino Anselmo la hizo desear ese suelo brillante y precioso que él tenía.

Pensó en ese ahora que le obsesionaba y lo hizo.

En el bloque, todos los pisos eran idénticos, al menos los que no habían sido reformados. Anselmo vivía allí antes de que Manuel y ella llegaran al edificio, recién casados. Era un poco mayor que ella, igual que su esposa, la discreta Irene. Una mujer agradable y muy tímida que había fallecido unos meses antes que Manuel.

Una gotera la hizo ir al piso de Anselmo y se quedó maravillada del espectacular suelo de madera, que parecía recién fregado de lo que relucía. Se lo había pulido y barnizado uno de sus nietos, que trabajaba por cuenta propia y andaba con poco trabajo.

Se lo dejó a buen precio. Manuela hizo cuentas y vio que podía permitirse el gasto.

Ahora, cuando entra en casa, deja los zapatos en el recibidor y se pone sus zapatillas para no manchar el suelo recién pulido. En un documental había visto que lo hacían en todos los hogares japoneses.

La cesta de mimbre y las zapatillas que contiene son para recibir a los que la visiten.

La primera visita, sin embargo, no fue como esperaba. Apareció María con su cuidadora Daniela y unas pastitas que habían comprado en la pastelería del barrio, la preferida de Manuela. Pero María, que caminaba con el andador, no

pudo descalzarse. Daniela sí lo hizo y se puso unas zapatillas del Hotel Cala Blava.

Manuela sufrió observando el paso lento, a cuatro patas, de María por el pasillo hasta llegar al salón. Cuando se fue, pasó la mopa para eliminar el rastro de los tacos de goma del andador.

Daniela era de Venezuela. Era muy joven y tenía un niño de cuatro años que vivía con ella en una habitación alquilada en el primer piso. Manuela los había visto muchas veces en el portal. Daniela siempre la ayudaba a cargar la compra hasta su casa.

Un mes después de haber puesto la cesta en el recibidor, tenía dos bolsas con pares usados: Daniela y Anselmo.

Su hija tenía mucho trabajo. Era abogada laboralista en un bufete con nombre en inglés que nunca recordaba y estaba en un momento profesional de ascenso en la empresa. La princesa, además de un canguro, cada día tenía algo: inglés, natación, refuerzo de matemáticas o una fiesta de cumpleaños.

—Vendremos cuando tenga un hueco libre, mamá.

Y ella estaba esperando el hueco.

Su hijo no tenía previsto viajar para verla hasta Navidad.

La llamaban a diario y se preocupaban por ella, pero ni por teléfono ni por videollamadas podía recibirlos en su casa, abrazarlos y besarlos.

Pasaron las semanas y por fin llegó el día en que Candela vino a comer con la princesa.

La niña se descalzó alegremente a instancias de la abuela. Su hija no pareció muy convencida cuando le tendió las zapatillas del Crucero MarLand, pero, refunfuñando, se las puso y anduvo torpemente hasta el comedor. Manuela se había dado cuenta de que entre el barniz del parquet y la suela de la zapatilla, resbalaba un poco. Ya pensaría cómo solucionarlo.

Manuela había cocinado sus platos favoritos.

Candela no paró de hablar. Le gustaba que quisiera compartir con ella todos sus proyectos. La escuchó mientras comían. Estaba orgullosa de su hija, una mujer trabajadora, capaz y una buena madre. Sabía que Manuel, allí donde estuviera, también lo estaría.

La princesa estaba preciosa. Después de comer, se sentó en la falda de Manuela y la abrazó y, así, se quedó dormida. Una pequeña felicidad del ahora.

Por sorpresa, a los pocos días, llamó Manuel Jr. Quería ir a verla durante el fin de semana y presentarle a una persona especial. Su voz tenía el rastro de una

alegría que hacía tiempo que Manuela no oía. Le dijo que reservara en el restaurante que quisiera, pero ella prefirió cocinar. Hizo una paella de esas que tanto gustaba a su hijo. Así tendrían más intimidad para ellos y para la persona especial.

Cuando entró en casa y la abrazó, vio ese brillo intenso en los ojos que solo se tiene cuando uno está enamorado. Detrás de él, un hombre alto esperaba nervioso.

—Mamá, te presento a Jaime —su hijo lo cogió del abrazo y lo acercó a su madre.

Cuando lo abrazó para darle la bienvenida, pensó en lo que le decía Manuel:

—Este hijo nuestro no ha aceptado ser el que quiere ser y, hasta que no lo haga, no será feliz.

“Pues parece que lo ha hecho, Manuel” —pensó mientras les tendía las zapatillas más grandes que tenía. Las del Hotel Riazor.

El fin de semana concluyó con una sucesión de ahora felices. Su hijo estaba bien y se había sorprendido y aliviado con su reacción, «tan natural», respecto a su relación con Jaime. Manuela no le dijo que era algo que esperaba hacía muchos años, pero sí le comentó, en un susurro, que Jaime le gustaba. Parecía un buen hombre y era educadísimo. Ni rechistó con lo de las zapatillas.

Ya tiene las bolsas con las zapatillas de sus hijos, sus parejas, sus amigos y su vecino, rotuladas para que, cuando vuelvan, cada uno tenga las suyas.

Prepara las zapatillas de Anselmo. Él ya había utilizado las del Hotel El Alcázar.

La llamó una tarde para ir a ver cómo había quedado el trabajo de su nieto. Cuando entró al recibidor, Manuela le dijo que tenía que descalzarse y ponerse las zapatillas para no ensuciar el suelo recién renovado. A Anselmo le gustó la idea, tanto que se la quería copiar. Como ya tenía sus años, necesitó sentarse en el banco que había dispuesto para tal menester, pero, cuando se iba a poner la primera zapatilla, el banco cedió y Anselmo acabó en el suelo.

Lo que tienen las caídas en las que no hay ninguna lesión es que dan risa. Risa tonta. Así que estuvieron un rato riendo, risa que se intensificó cuando se dieron cuenta de que Manuela no había puesto los tornillos.

—Ya decía yo que era demasiado fácil —le dijo sin poder parar de reír.

Esa tarde invitó a tomar un café a su vecino. Hacía muchos años que lo eran, pero nunca habían establecido una relación más allá de los saludos corteses al entrar y salir y alguna conversación trivial. Todos los vecinos asistieron al funeral de Irene, la esposa de Anselmo, y dos años después, fue Anselmo el que asistió al entierro de Manuel.

Hablar con él de los hijos le sirvió como terapia. Ella se quejó de las pocas visitas que recibía, esperando que él se sintiera identificado con aquel sentimiento de nido vacío, pero su respuesta la sorprendió. Él quería que sus hijos volaran libres y que construyeran sus vidas sin depender de él.

—Son tiempos difíciles para los jóvenes. Fíjate que ya no pueden vivir ni en los barrios en los que crecieron y, si quieren prosperar, se tienen que ir lejos. En esta zona, por ejemplo, ¿cómo van a comprar un piso con lo disparados que están los precios? Déjalos ir, sin remordimientos. Es su momento, como nosotros tuvimos el nuestro. Y, además, no te dejan sola. Te llaman, se preocupan por ti y, aunque sea menos de lo que te gustaría, te vienen a ver.

También hablaron de cocina y de viajes. Manuela le confesó que echaba de menos viajar y recolectar más zapatillas de hotel.

De eso hace ya unos meses.

Suena el timbre de la puerta.

Manuela recibe a Anselmo en el recibidor con las zapatillas preparadas.

Van a revisar los detalles del viaje que harán en primavera, mientras toman café y un bizcocho de naranja recién horneado.

El baño

Originalmente, el cuarto de baño tenía como función principal bañarse. Por eso, en muchas casas antiguas, la bañera ocupaba el centro del espacio.

El baño es un lugar muy íntimo. En él te encuentras, sin ninguna floritura. La piel, las manchas, las marcas que contiene tu cuerpo, el rostro, las arrugas, la expresión de los ojos. Todo ello se refleja en el espejo, en tu versión más habitable y natural, y es ahí, en secreto, el lugar donde puedes conversar contigo mismo.

El pequeño recibidor del piso da paso a un pasillo largo y estrecho. Al inicio, a la derecha, hay un cuarto de baño muy pequeño con un retrete y una pica para lavarse las manos. Lo llaman “baño de cortesía”. No es el único cuarto de baño de la casa.

Al llegar al salón-comedor, un pequeño distribuidor conduce a dos habitaciones y al otro cuarto de baño, el grande. Es grande si se compara con lo pequeño que es todo en el piso. Las habitaciones son minúsculas, pero el cuarto de baño grande es otra cosa.

No hay ducha, pero sí una bañera ya vieja con la que fantasea, sumergiéndose en un baño largo, lleno de espuma con el jabón de rosa de damasco que le regalaron como muestra en la entrada de una perfumería.

Son pocas las ocasiones en que el cuarto de baño está libre durante mucho tiempo, y llenar la bañera es un gasto de agua que no se puede permitir. ¿Qué pensaría su compañera de piso? Por eso, solo se permite imaginarlo.

Lo bueno del cuarto de baño grande es que tiene una ventana. Entra luz dorada en los días brillantes y luz plateada en los días plomizos. Es cálido en invierno y fresco en verano porque, al abrir la ventana, se crea una corriente de aire que le recuerda a la brisa del patio del riad en el que vivía.

En el cuarto de baño se siente ella misma. Allí no es Fátima, la chica tímida que limpia los baños de otros. Allí, en ese espacio privado, es una mujer adulta que intenta entender el mundo porque lo único que tiene claro es que el mundo no la entiende a ella.

Ni aquí ni en su país de origen.

Aquí es una extraña, de costumbres distintas y una religión que genera desconfianza. En su tierra, es una hija casi repudiada por

haberse marchado sola y soltera a trabajar en el extranjero. No importa que lo haya hecho por los problemas de salud de su madre y la necesidad de ganar dinero. Lo único que ven es que es una mujer, que aún no se ha casado y que vive sin la vigilancia familiar.

No es buena aquí ni buena allí.

Vive con Daniela, una venezolana de veinticuatro años que es madre de un niño de cuatro, Carlitos. Ambas alquilan las habitaciones a una propietaria que no conocen, pero que tampoco las molesta. Nunca aparece por el piso.

Se mira en el espejo del cuarto de baño grande. Está un poco desportillado en una de las esquinas, pero Daniela ha colocado unos focos LED que van con pilas y se enganchan en el marco. La luz es perfecta para maquillarse bien, aunque ella no se maquilla.

Daniela sí lo hace. Igual que no pierde la alegría, siempre encuentra tiempo para arreglarse antes de salir. Le fascinan sus uñas pintadas de colores vivos y su pelo, sobre todo su pelo. Una melena rizada, casi afro, que se recoge con desparpajo o deja libre, a lo loco.

Ella tiene el pelo largo y de un negro profundo. Lo cuida con esmero para que se mantenga sedoso y brillante. Lo hace porque quiere, ya que nadie verá su cabello.

Daniela, que no profesa ninguna religión y le cuesta entender las raíces profundas de la suya, siempre la anima a que lo deje a la vista, pero ella se siente incapaz. Solo pensarlo le causa ansiedad.

Ya sale del cuarto de baño con el *hiyab* puesto.

En público, lleva el *hiyab*. Lo hace como un acto mecánico. Es un complemento indispensable para sentirse segura en el exterior, como quien lleva gafas de sol y no puede salir sin ellas. Daniela es igual: sin sus gafas de sol, muere.

Lo ha visto siempre: abuela, madre, primas, hermanas. Una prenda con un significado religioso, pero ¿qué pasaba si la que lo portaba no lo sentía así?

Estos años viviendo en un país distinto, rodeada de personas de diferentes culturas y religiones, la llevaron a preguntarse: ¿Qué religión era la verdadera? ¿Había alguna religión verdadera?

¿Era ella más merecedora de recompensas espirituales por llevar un trapo en la cabeza que Daniela, una buena persona, luchadora y madre ejemplar?

¿En nombre de qué religión se puede asesinar a niños y ancianos como se estaba viendo en los conflictos bélicos del mundo?

El *hiyab*, para Fátima, se había convertido en una costumbre, en un gesto habitual, en una muestra de respeto a su familia, pero... ¿religión?

Estas preguntas solo se las podía formular a sí misma, en la soledad de su habitación o en el cuarto de baño grande, mientras se miraba en aquel espejo que le devolvía la imagen de una Fátima con una melena espectacular, pero sin ninguna respuesta.

Echaba de menos a su madre. Una mujer que nunca había roto ninguno de los preceptos religiosos y que los había transmitido a su familia, pero que sí se los había cuestionado en la más profunda intimidad.

Proveniente de una zona rural, su querida máma había prosperado al casarse y trasladarse a la ciudad. Allí, el ambiente era más moderno y con visos de ser más abierto. Su hermana, Fátima, a quien le habían puesto su nombre en su honor, emigró a París y

cambió con los años. La última vez que la vio, no llevaba el *hiyab* y se había cortado el pelo, ocasionando un revuelo considerable.

Recuerda que le preguntó a su madre si su *jala* sería repudiada por apartarse del islam. Ella le contestó algo que la dejó muy confusa:

—La religión verdadera es la que te hace mejor persona. No importa cuál sea, ni siquiera que sea.

Fátima intuía que su madre aprobaba a su hermana simplemente porque la amaba, la consideraba una excelente persona que siempre había estado dispuesta a ayudarla.

El amor es más fuerte que cualquier creencia.

Oyó el teléfono móvil, un sonido amortiguado desde su habitación. Iba a ponerse el *hiyab* para salir del cuarto de baño, pero recordó que no había nadie en casa. Daniela estaba trabajando y ella tenía un par de horas antes de incorporarse a su turno en la residencia de mayores, donde trabajaba como ayudante de cocina.

Dejó el *hiyab* colgado de la percha, encima de la toalla, y corrió hacia su habitación para responder la llamada.

El grito, impregnado de tristeza y desolación, resonó en el edificio. Su hermano acababa de informarle que madre había fallecido. Su corazón se había parado y ella ya no estaba.

Fátima se acurrucó en la cama, llorando desconsoladamente. Sentía dos cosas intensamente: tristeza y soledad. Ahora estaba sola en el mundo...

Solo dejó de llorar cuando sonó la alarma de su móvil. Se recompuso como pudo y fue al cuarto de baño grande para arreglarse antes de ir al trabajo. Tendría que pedir unos días libres para asistir al aza y despedirse de su madre.

Iba a coger el *hiyab* que seguía en la percha junto a la bañera, pero antes quiso abrir la ventana del baño para que se aireara un poco.

Al hacerlo, entró una corriente de aire fresco, suave como una brisa. Le pareció que traía el aroma del perfume favorito de su madre.

El *hiyab* se hinchó por el viento, se levantó y, con un gracioso revoloteo, salió volando por la ventana.

Fátima se asomó para ver dónde había caído. Lo vio enganchado en un poste de luz, ondeando como una bandera de un suave color morado.

Iba a buscar otro pañuelo cuando vio su imagen reflejada en el espejo. Sus ojos, rojos e hinchados de tanto llorar, le devolvieron la mirada. Pero también vio otros ojos, más brillantes, que la miraban con amor, la más poderosa de las creencias.

Se hizo una cola de caballo y salió a la calle.

El sol se reflejaba en su pelo oscuro...

Nadie se fijó en ella, ni siquiera en la residencia hubo comentarios. Solo María, la otra pinche de cocina, le alabó la suavidad de su cabello, el de ella siempre estaba encrespado.

La invadía una tristeza profunda, inmensa, tan honda que ni siquiera sentía remordimientos por no llevar el *hiyab*.

Cuando llegó a casa, Daniela estaba allí. Estaba fregando la cocina. Le explicó que se había olvidado la cafetera en el fuego y que el café había estallado, manchando suelo y paredes. Se fijó en sus ojos enrojecidos y, después, en su pelo, desnudo sin el pañuelo.

—¡No llevas *hiyab*, Fátima! ¡Qué pelo más lindo que tienes, me gustaría tenerlo así de liso! —exclamó mientras la abrazaba. Y entonces, Fátima rompió a llorar, abrazando aún más fuerte a Daniela.

—¿Qué pasa, bonita? ¿Qué tienes, Fátima?

—Mi madre ha muerto.

Daniela la volvió a abrazar y dejó que llorara hasta que no pudo más.

—He pedido unos días en la residencia y me voy a mi casa, al funeral. Durará tres días.

—¿Puedo ayudarte en algo, querida Fátima? —Daniela siempre está dispuesta a ofrecer su hombro, su espalda, su abrazo y siempre le estará agradecida porque le ha hecho la estancia y la experiencia en este país extraño mucho más fácil y llevadera.

—He hablado con mi *jala* esta mañana. También irá al *aza*, como muestra de condolencia. Quería mucho a su hermana, mi mama, y me ha propuesto irme con ella a París, a trabajar con ella. Le prometió a mi madre que cuidaría de mí si ella no estaba.

—¿A París?

—Sí, a París. Su idioma es mi idioma y mi tía vive en la Goutte d'Or, en el Boulevard Barbès, donde tiene su pastelería, una “pâtisserie marocaine”. Mi madre hacía unos dulces exquisitos y aprendí mucho de ella. Puedo serle muy útil. Además, se empieza a hacer mayor y no tiene pareja ni hijos.

—Suena muy bien, Fátima. Siento mucho lo de tu mamá, pero creo que esta tristeza pasará o no será tan intensa y , lo que viene ahora, te va a permitir ser feliz.

Fátima llora de nuevo. Aún no se cree que mama ya no está aquí, con ella, pero piensa en las palabras de Daniela. El regalo final de su madre había sido concederle la oportunidad de una nueva vida.

Libre.

—Te echaré de menos y también al Carlitos, mi niño. Pero quiero que sepas que siempre serás bien recibida en París y que espero que me vengas a visitar algún día.

—Te prometo que lo haré.

Fátima prepara la pequeña maleta con la que vino. Volverá unos días antes de irse a Francia y se podrán despedir.

La ventana del lavabo está entreabierta. Ha entrado a recoger sus enseres personales, los que llevan escrita una “F” con rotulador. Ve el hijab que ha volado hasta posarse en el poste, justo cuando la llamaba su hermano.

Ahora, le toca volar a ella...

El dormitorio.

La palabra “dormitorio” proviene del latín “dormitorium”, que significa, literalmente, “lugar para dormir”. Aunque es un lugar en el que ocurren más cosas: descanso, desconexión, intimidad, sexo...

Daniela está esperando que su compañera de piso se vaya a trabajar. Necesita estar sola. Necesita cepillar su piel hasta que enrojezca. Necesita limpiarse...

Ve a una mujer muy parecida a Fátima, pero que no puede ser ella porque no lleva su *hiyab*. Fátima jamás saldría a la calle sin su pañuelo. Si tarda mucho más, subirá al piso que comparten y le dirá que tiene un rato libre para estar en casa y ponerse al día con las cuentas.

Carlitos, su hijo, le está haciendo gastar más de lo previsto. En la guardería le han dicho que sería recomendable que el niño visitara a un logopeda, así que necesita hacer unas horas para compensar esos gastos.

Por su hijo, solo por su hijo, aceptó la oferta de aquel hombre. Aún siente sus manos tocándole los pechos.

Tiene que ducharse.

Tiene que ducharse ya.

No puede esperar más y sube al piso. Entra llamando a Fátima, pero no obtiene respuesta.

No hay nadie. Nadie verá su rostro descompuesto, la mueca de asco y vergüenza.

Se siente sucia.

Está segura de que los demás también lo ven.

Se desnuda rápidamente. Está torpe y casi se cae al subir la pierna para sortear la altura de la bañera. Abre el grifo y acciona la máxima presión en la alcachofa.

El agua sale muy fría y, al principio, le duele, como si agujas afiladas se clavaran en su piel. A medida que se va templando, deja de tiritar.

Coge la esponja exfoliante que hay en el recipiente de plástico marcado con una “D” y empieza a frotarse la piel con fuerza. El

agua cada vez está más caliente y humea, pero ella sigue rascando cada milímetro de su cuerpo, incluso el que no ha sido manoseado.

Llora debajo de la ducha y eso también le sirve para limpiar su mente. Hay mucho que limpiar.

Mientras el agua recorre su cuerpo, ella recorre el camino que la ha llevado hasta aquí.

Una mujer joven con muchos planes de futuro. Quería estudiar Medicina y había aprobado las pruebas de acceso para la Universidad Nacional. Vivía en un barrio humilde pero seguro, con su madre, que era la propietaria de un pequeño centro de estética que les daba para vivir sin demasiadas penurias.

Tenía novio, su primer amor, al que conoció en la escuela. Todo parecía ir viento en popa, hasta que se quedó embarazada. Ni siquiera se le pasó por la cabeza abortar, pensó que Toni, el padre de su hijo, se haría cargo de la situación y que con la ayuda de su madre podría estudiar y criar al niño que venía. Pero nada ocurrió como ella deseaba.

Toni, que ya era un hombre celoso, se convirtió en un ser violento. La culpaba de haber destrozado sus vidas con un niño que no quería ver ni en pintura. Lo que antaño hasta la complacía, cuando

la llamaba para saber dónde estaba en todo momento, se convirtió en un control obsesivo, hasta que llegó el día que, por no responder a una llamada, al llegar a casa, le pegó una paliza.

—No he cogido el teléfono porque estaba en la consulta de la ginecóloga. Perdóname, no lo volveré a hacer —le suplicaba mientras él le daba patadas en la barriga.

Cuando su madre acudió al hospital, llevaba con ella una maleta, un billete de avión, dinero en euros y una tarjeta con un número de teléfono. Parecía como si lo tuviera todo preparado de antemano.

—Hija mía, tienes que huir de aquí. Te matará a ti y al niño —le dijo llorando desesperada—. Aquí tienes un billete de avión, dinero y un teléfono al que llamar cuando llegues a España. Es de una amiga mía que lleva años instalada allí.

Cuando le dieron el alta en el hospital, se fue directa al aeropuerto.

Dejó atrás a Toni, pero también a su madre, al resto de su familia, a sus amigos...

Lo que más miedo le dio es que no se iba sola. El niño que esperaba nacería en un país extraño y allí, ya serían dos.

Cuando llegó, Bella, la amiga de su madre, la acogió en un pequeño piso que compartía con dos mujeres más, una de Bolivia y otra de El Salvador. Casi no cabían en aquel exiguo piso, pero Bella y sus compañeras le dieron un lugar en el que cobijarse y la ayudaron en el inicio, a un mes del parto. También fueron sus ángeles de la guarda cuando tuvo a Carlitos.

Cuando el niño ya tenía un año, las echaron del piso. Bella había decidido volver a Venezuela y vivir con sus hijos. Los había echado mucho de menos en estos años, en los que solo trabajaba para enviarles una asignación económica con la que poder sobrevivir. Pero, antes de irse, la ayudó a buscar una habitación y un trabajo. Nunca se lo podría agradecer lo suficiente.

Así es como contactó con una tal Guadalupe, que le ofrecía un trabajo de limpieza a domicilio y una habitación a un precio abusivo. Todo en dinero negro.

Aún le quedaba algo de lo que le había dado su madre, así que aceptó la oferta, aunque no fue fácil. A aquella mujer le disgustó que tuviera un niño.

—Eso no me lo habías dicho —y la tuvo dos semanas sin noticias.

Estaba buscando más opciones cuando la llamó. Le dijo que, antes de confirmar el alquiler, lo tenía que consultar con la otra chica que ocupaba el piso, que era muy formal y le pagaba religiosamente.

Esa chica era Fátima.

Fátima fue otro ángel de la guarda que le envió el destino o su madre, con sus rituales de santera.

Fátima había llegado de Marruecos un año antes. Hablaba perfectamente español y francés. Era discreta y tímida. Limpia y organizada. Cocinaba muy bien y, sobre todo, se había encariñado con Carlitos. La ayudaba mucho con el niño. Como tenían horarios diferentes —ella en una residencia de la tercera edad y Daniela limpiando casas— se coordinaban para ir a buscarlo a la guardería, darle de comer o cenar o ir a jugar al parque.

Nunca le había pedido nada a cambio.

La llegada a aquel piso marcó un cambio en su vida. Tenía una amiga en la que confiar y un amigo también: su vecino, Anselmo. Era de los vecinos más antiguos del edificio. Les había ayudado con un problema de la caldera. Fátima se lo agradeció con una bandeja de dulces marroquíes. Anselmo quiso aprender cómo se hacían. Le gustó especialmente el “chebakia”. A Daniela le

encantaban y Fátima se los preparaba los días que no trabajaban. Aquellas trenzas le subían la moral. Le pediría que cocinara una bandeja. Lo necesitaba.

El “chebakia” es de los dulces más tradicionales, especialmente durante el Ramadán. Tiene forma de flor trenzada. La masa se elabora con harina, semillas de sésamo molidas, anís, canela, levadura, vinagre, agua de azahar y mantequilla. Se fríe en aceite caliente y se baña en miel con agua de azahar. Luego se espolvorea con semillas de sésamo.

Fátima enseñó la receta a Anselmo y a él le costó aprender a hacerlos, así que las visitó frecuentemente. Durante ese tiempo, Carlitos y él se hicieron amigos. Anselmo hablaba con una cierta nostalgia de una época en la que el edificio estaba lleno de niños, y el niño era como una esperanza. Fátima tenía la teoría de que Anselmo buscaba una novia para su hijo, que se había separado por segunda vez y lo volvía a tener en casa.

Sonríe al pensarlo.

Cierra el grifo.

Se siente un poco mejor.

Sale con cuidado de la bañera. Todo está resbaladizo. Hay una intensa niebla en el cuarto de baño y el espejo está cubierto por el vaho. Abre la puerta para que el vapor se disuelva.

Le gustaría que todo se pudiera ir así de fácil...

Está más tranquila. Se pone un chándal viejo con la bandera de Venezuela y prepara un café en la vieja cafetera italiana. Mientras espera que silbe, abre la ventana de la cocina y se apoya en el quicio para ver la decoración del patio interior que tiene el vecino de abajo. La relaja porque ha puesto muchas plantas y farolillos.

En ese momento, el vecino aparece con una regadera y empieza a regar las plantas, una a una. Se da cuenta de que alguien lo observa y levanta la mirada.

La saluda con la mano, acaba su tarea y desaparece por la puerta.

Daniela lo conoce. Se llama Ignacio y hace poco que se ha mudado al edificio.

Su hijo, Carlitos, siempre está jugando con pequeñas pelotas de goma blanda de muchos colores que caen constantemente en el patio del vecino. Ha bajado más veces de las que quisiera a pedir

disculpas y a rescatar las pelotas. No le alcanza ni para comprar unas nuevas...

Es por eso por lo que ha hecho lo que ha hecho. O casi.

A ese hombre lo veía cada día en el bar donde desayunaba. Tendría que cambiar de lugar. Era amable y educado. Con cortesía, le propuso ser su “cuidadora sexual”. Esas fueron sus palabras exactas: cuidadora sexual.

Su aspecto agradable y limpio, junto con su educación exquisita al proponérselo, le hicieron plantearse algo que jamás pensó que haría: prostituirse.

Llámalo cuidadora sexual o llámalo prostituta, pero aquel señor, viudo desde hacía unos años, le ofrecía dinero por acostarse con él.

—Seré respetuoso y cuidadoso.

—Nunca pensé que me atrevería a pedírtelo.

—Te pagaré ciento cincuenta euros; tengo una buena pensión.

Daniela no pudo evitar hacer cuentas: dos veces al mes, trescientos euros. Y los necesitaba, para su hijo, para ahorrar algo y mudarse a una habitación un poco más grande para los dos.

Aceptó la propuesta e intentó hacerlo.

Antonio, así se llamaba el viudo, la trató con cariño cuando la desnudaba. Olía bien y el dormitorio estaba limpio y ordenado.

Para evadirse, su mente se fijó en todos los detalles de la habitación: aquellas cortinas oscuras y pesadas, las mesillas de noche, una con una lámpara solitaria y la otra con medicamentos, un libro y un despertador.

Cuando él empezó a acariciarle los pechos, acercando los labios a sus pezones, ella observaba la cómoda de roble oscuro. En el centro había un marco de plata con una foto de una mujer que sonreía radiante a la cámara.

Algo se encogió en su interior. Supo que no podía seguir. Apartó suavemente al hombre, que jadeaba, un tanto falto de respiración.

—Señor Antonio, no puedo.

Se vistió rápidamente y salió de allí, avergonzada, sin aceptar su dinero.

La cafetera silba y el aroma a café inunda el piso. La reconforta.

Recuerda que le toca bajar la basura. Quiere hacer cosas, lo que sea, para ahuyentar las imágenes que aún la persiguen.

En el vestíbulo se encuentra con Manuela, la vecina del tercero.

Le cae bien. Fue la única que tenía caramelos para los niños en Halloween. A veces ha coincidido con ella y, al verla cargada con bolsas de la compra, la ha ayudado a subirlas a su piso.

Es simpática con Carlitos y amable con ella.

Le ha preguntado si estaría interesada en cuidar a su cuñada. Vive muy cerca y le sería fácil combinarlo con el colegio del niño. Le dice que le harán un contrato y que no tendrá que seguir limpiando casas en dinero negro.

—Piénsalo —le dice—. Si quieras, te acompañó mañana a conocer a María, mi cuñada, y después decides.

Le va a decir que sí, pero, de repente, aparece Ignacio corriendo hacia ellas, con cara de preocupación.

—Oía el borboteo de la cafetera desde la ventana, pero después algo estalló.

Los tres corren hacia el piso de Daniela. La cafetera ha saltado por los aires y el café ha salpicado la cocina, pero no ha pasado nada grave.

Ignacio se queda ayudando a Daniela a limpiar el desastre. Manuela se retira discretamente, pero antes de salir le dice:

—Te espero mañana a las once en el vestíbulo. ¿Te va bien?

A las once le va bien.

Manuela se va. Daniela ríe con Ignacio mientras recogen la cocina. La ropa está manchada de posos de café y hay restos en su nariz y frente.

Es curioso cómo, estando sucia, ya no se siente sucia.

La explosión de la cafetera y las pelotas de goma que pierde Carlitos han hecho que se empiecen a hacer amigos de Ignacio. Los dos.

A Carlitos también le gusta Ignacio. Está convencido de que el vecino fabrica las pelotas y que es mágico. Cada vez que van a su piso a recoger las que ha tirado, lo mira con ojos brillantes y muy abiertos.

Últimamente, no solo le da las gracias, sino que se agarra a sus rodillas en un abrazo improvisado que a Ignacio parece complacerle. La primera vez que Carlitos lo abrazó, el hombre se sorprendió, pero ahora lo coge en brazos y lo alza mientras lo saluda:

—¡Hola, campeón!

Ahora Daniela trabaja como cuidadora de María. Se llevan muy bien. Hoy han estado visitando a Manuela. Pararon en la pastelería del barrio y le compraron sus dulces favoritos.

Manuela les contó que había hecho un arreglo en el suelo de madera de su piso. Les pidió que se descalzaran para no ensuciarlo.

Le pareció una buena idea y miró en Amazon si vendían zapatillas de un solo uso, como las de los hoteles. Veinticinco pares por doce euros.

Se lo comentaría a Fátima. Con su obsesión por la limpieza, seguro que le diría que sí. Y, también podrían poner una cesta de mimbre en el recibidor, como la que tiene Manuela.

Le va a enseñar a Carlitos a sacarse los zapatos antes de entrar en casa.

La cocina

La palabra cocina proviene del latín “coquina”. A su vez, “coquina” deriva del verbo “coquere”, que significa cocer. Es el lugar donde se cuece.

—Este edificio se construyó en los años 70. Había un proyecto para hacer cuatro, pero, al final, solo se hizo este. Los apartamentos son todos iguales, con un estilo algo soviético. Pisos de unos 80 m², que ya es mucho para pequeñas ciudades de las zonas metropolitanas. Eran una buena opción para tener un piso cerca de las fábricas o un apartamentito para el verano, como fue mi caso. Con el tiempo, las industrias se trasladaron a polígonos industriales en las afueras, y esos barrios cobraron vida como áreas residenciales. Al estar en una zona costera, ahora resulta que estos pisitos valen su peso en oro, porque están muy cerca del mar.

Los vecinos recién llegados los han ido reformando y han quedado muy bonitos. El chico del bajo, Ignacio, heredó el piso de sus padres. Yo los conocía. Es más, fue gracias a su padre, que trabajaba en el banco donde yo tenía mi cuenta, que me enteré de esta promoción. Nos concedió un préstamo y aquí nos vinimos a vivir. Pues Ignacio, como decía, se ha abierto la cocina al salón,

cocina americana con isla y todo. Y no digo que quede mal, se ve todo más grande, pero yo solo quiero reformar la cocina, tal cual está. No quiero tocar nada porque el piso lo decoró Irene. Me encanta ver sus cosas: los jarrones, las cortinas, los muebles hechos a medida, incluida la librería. Mire qué librería más bonita —Anselmo hace una pausa mientras acaricia el mueble con satisfacción.

Un chico joven, con un uniforme en el que pone “Cocinas Ayax”, lo escucha con atención. Lleva un maletín con un medidor láser y un cuaderno para tomar medidas.

—Entonces, ¿quiere reformar la cocina?

—Sí, los he llamado para eso, pero quería que vieran el piso antes, para que no me desentoné con la decoración general.

El chico observa a su alrededor. El piso no es feo; tiene muebles clásicos que han aguantado bien el paso del tiempo. Todo es sobrio y equilibrado, pero le falta algo de color.

—¿Su mujer no quiere que le comentemos las opciones que hay para las cocinas?

—Soy viudo.

—Lo siento, señor... eh... —El chico busca nervioso en la ficha—.
Señor Anselmo.

Ahora entiende la falta de ciertos detalles: una planta, unas flores, un frutero con piezas frescas en la mesa de roble macizo del comedor o una lamparita de luz cálida en la esquina donde está el butacón. Eso sí, el parquet está brillante; reluce como si fuera nuevo. Aún se percibe el leve aroma del barniz.

—Enséñeme la cocina actual, señor Anselmo.

Anselmo lo lleva hasta la cocina. Recorren el pasillo hasta llegar al salón-comedor. A la derecha hay un pequeño distribuidor con dos habitaciones y un cuarto de baño completo. Se lo explica y le comenta que algunos vecinos han dividido una habitación en dos, así que hay pisos con tres habitaciones.

El chico se impacienta. El piso no es muy grande, pero la visita se está alargando demasiado.

A la izquierda del salón está la cocina. Tiene una ventana por la que entra la luz del patio interior. Es alargada y estrecha, y el color de los muebles, también de madera de roble macizo muy oscuro, no

ayuda a darle espacio. El suelo es de porcelana negra muy brillante, casi esmaltada.

—Es “porcellanato” —explica Anselmo—. Mi mujer se empeñó en ponerlo cuando su hermana lo cambió, pero después se arrepintió. Es muy sucio, resbaladizo y hace que la cocina parezca más pequeña.

—Para ser de los años 70, está muy bien conservada.

—Sí, es que a mi mujer no le gustaba nada cocinar y se las apañaba para no usar mucho los fogones ni el horno. Pero ahora que me he aficionado a mis recetitas y paso muchas horas aquí, quiero algo más funcional, con más luz, más agradable... ya me entiende.

El chico toma medidas y esboza un plano muy rústico, a mano, de la cocina.

—¿Tiene alguna idea?

Anselmo le explica dónde quiere la placa vitrocerámica y el horno. Los va a cambiar de sitio. El fregadero lo deja donde está, ya que sabe que es complicado mover los desagües y no quiere líos con los bajantes de la finca, que ya tienen sus años.

Una isla no le cabe, pero sí una mesita auxiliar para poner los utensilios que va utilizando. La quiere de madera natural, clara, para que se vea más grande.

—He guardado estas cocinas que aparecen en revistas —le enseña una de dimensiones parecidas a la suya—. La que más me gusta es esta, que deja unas estanterías en la parte superior para que respire más. Me gustaría poner macetas con perejil, albahaca y tomillo.

El chico se sorprende. No se esperaba que aquel hombre tuviera esa sensibilidad decorativa.

—Hay algunas cocinas expuestas en nuestro “showroom” que encajan con lo que busca. Si le parece bien, haré una primera propuesta muy básica y el presupuesto, y vamos viendo. En quince días se lo envío.

Anselmo está ilusionado con su proyecto de cocina nueva.

Las ilusiones son lo suyo. No es un hombre complicado. Ha aprendido a tener objetivos sencillos y disfrutar en el proceso de cumplirlos.

Irene, su difunta esposa, tampoco era complicada. En eso coincidían, pero no tenía ilusiones. Nada la motivaba. No se quejaba, pero tampoco se alegraba. Aceptaba cualquier plan que Anselmo le propusiera con una resignación tranquila: desde casarse y tener hijos hasta elegir el destino para las vacaciones de agosto.

Con los hijos tampoco era diferente. Los quería y los cuidaba en silencio, sin molestar a nadie.

Él, en cambio, era un gran aglutinador y activador familiar. Contagiaba buen humor y positividad. Sabía ser resolutivo y generar confianza.

Sus hijos lo adoraban. Lo visitaban día sí, día no, para buscar un táper con comida o consultarle cualquier problema. Su hijo menor, David, vivía con él. Había tenido dos parejas y se había independizado dos veces, pero, tras las rupturas, siempre volvía a casa.

A Anselmo no le importaba. Le gustaba que sus hijos revolotearan a su alrededor, pero también quería que tuvieran vidas plenas. Que un hombre de casi cuarenta años siguiera en la habitación de su adolescencia, cenando cada día con su padre, no era lo que deseaba para él.

Y, además, le coartaba su libertad.

Nunca lo diría en voz alta ni admitiría haberlo pensado, pero cuando Irene murió sintió una extraña liberación, un alivio que no concordaba con la pareja estable que habían sido. No le asustaba la soledad; al contrario, la acogía con felicidad, llena de planes solo para él, con ganas de vivir lo que quedara...

A veces pensaba que sus hijos dependían demasiado emocionalmente de él.

Justo lo contrario que Manuela, la vecina. Ella estaba deseando recibir a sus hijos, que apenas aparecían por allí, mientras él estaba deseando que lo dejaran un poco más libre.

Cuando el comercial de “Cocinas Ayax” se va, Anselmo entra en la cocina para empezar a preparar un pollo al ajillo.

Tiene ganas de pollo al ajillo, con patatas al horno y un buen vino blanco.

Pone la radio; le gusta cocinar oyendo las noticias y los debates. Abre la ventana para que se disipe el olor a ajo, aunque es un aroma que le gusta especialmente.

El ajo empieza a dorarse y a crepitarse en la sartén. Añade vino blanco, unas gotas de limón exprimido y las hierbas provenzales que ha comprado en el mercado. Tiene dos paquetes; uno es para Manuela.

Que no se le olvide dárselo.

Cuando estuvo en su casa, viendo el parquet recién restaurado por su nieto, hablaron de recetas. Manuela se quejó de que no encontraba unos hatillos de hierbas aromáticas que usaba en algunos guisos. Anselmo le prometió que se los compraría.

Añade el pollo que había sofrito antes a la sartén, con otro chorro generoso de vino blanco. Mientras el alcohol se evapora, piensa en el viaje que están organizando. Se han ido viendo con asiduidad y no sabe cómo han acabado planeando irse a un crucero por las islas griegas... Aunque fue él el que le subió los folletos que habían dejado en su buzón, con la oferta de una agencia de viajes online.

Esta tarde irá a casa de Manuela para revisar los detalles. Su hijo le ha buscado las imágenes del crucero y un resumen de las escalas que van a hacer.

Siempre le ha hecho ilusión conocer Mikonos.

Coge el hatillo de hierbas provenzales, para que no se le olvide en
la cocina, y lo deja encima de los papeles del viaje...

El salón

La palabra salón proviene del francés “salon”, que a su vez deriva del latín “sala”, que significa sala grande. Actualmente, los salones también tienen función de comedor. Suele ser el centro social de la casa.

El paseo marítimo está solitario. Es una buena hora para recorrer en bici sus 14 km de camino llano. Le despeja la mente y lo activa para empezar la jornada.

Vive a dos calles del mar, un privilegio redescubierto. De pequeño había salido muchas veces del garaje del edificio y había caminado con la bici de la mano por esas cuatro calles que lo separaban del gran paseo peatonal. Su madre solo le permitía montar en la bici cuando ya no existía la amenaza de coches.

Era el apartamento de verano, el lugar donde recalababan de junio a septiembre. Estaba cerca de la ciudad y permitía que la familia estuviera de vacaciones mientras su padre iba cada día al banco donde trabajaba. Allí, en el banco, se gestionaba la promoción de viviendas diseñadas para atraer trabajadores a la zona. Vio la oportunidad de comprar uno de aquellos pisos, pero no para vivir

todo el año, sino para ir los meses de verano y los fines de semana, cuando empezaba el buen tiempo.

El proyecto fracasó y, en vez de cuatro edificios idénticos, solo se construyó uno. En la actualidad, resultaba una incongruencia en el paisaje, formado por lujosas casas de grandes ventanales que ocupaban la primera línea de mar. Lo mismo ocurría en las segundas, tercera y cuartas calles antes de llegar a la autopista. Todas las avenidas estaban salpicadas de casas unifamiliares con piscina. Todas, menos una, donde entre casa y casa estaba el edificio.

Era una estructura fea. Un rectángulo de cemento con pequeñas terrazas y un terrado. Pero... estaba a escasos metros de la playa. A un par de minutos andando se accedía a un gran paseo peatonal con pinos, dunas de arena y el mar.

La situación privilegiada del edificio lo convertía en algo hermoso. Se rumoreaba que un importante fondo inmobiliario iba a contactar con los vecinos para hacer una oferta de compra y construir lujosos apartamentos para los ejecutivos de multinacionales que acudían a la ciudad temporalmente.

Mientras pedaleaba de vuelta a casa, pensaba que sería una pena tener que irse de allí. Por mucho dinero que les ofrecieran, sería difícil encontrar un lugar que ofreciera esa maravilla.

En verano dejaba la bici en el paseo y caminaba hasta la orilla de la playa. Según cómo estuviera el mar, se daba un baño y aprovechaba para nadar un poco.

Dejó la bici en el garaje y entró en su piso. Era un bajo, el único piso que tenía jardín. Su padre siempre lo había cuidado con esmero y estaba lleno de detalles: macetas, enanitos de jardín, pajareras y una ducha exterior que su madre había insistido en instalar para que los niños se quitaran el salitre y la arena de la playa antes de entrar.

Cuando heredó el piso, pensó en venderlo o alquilarlo. Nunca había planeado vivir allí, pero ahora no podía imaginar un lugar mejor en el que estar.

Tras ducharse y desayunar, se instaló frente a la pantalla del ordenador, en una mesa desde la que veía ese pequeño cuadrado verde. Lo mantenía tal cual su padre lo había dejado. No se había atrevido ni a tirar los enanitos, que siempre le parecieron un tanto siniestros.

Se concentró en la cámara subacuática que estaba diseñando para la Federación Española de Natación Sincronizada. Era ingeniero industrial y le encantaba su trabajo, aún más desde que trabajaba en la consultora Watex. Allí primaban el teletrabajo, pensando que así sus ingenieros podrían concentrarse mejor en un ambiente favorable para desarrollar grandes ideas.

Trabajar desde casa le permitía el paseo en bici, el desayuno tranquilo y, si se atascaba, un paseo por la playa lo ayudaba a reconectar.

Hacía un año y medio que vivía allí, desde que Natalia y él se separaron. Vendieron la casa unifamiliar que habían comprado con una hipoteca y cada uno siguió su camino. Él se fue al apartamento de verano de sus padres, y ella se endeudó para comprar un piso en la ciudad, con tres habitaciones, para los futuros niños. Los niños que ellos no tuvieron y que ella esperaba tener en su nueva vida, lejos de él.

Él tenía ganas de viajar, ascender en el trabajo, disfrutar de unos años de libertad antes de asumir la paternidad. Al principio, estaban en sintonía, pero con el tiempo Natalia empezó a hablar de formar una familia. Los amigos comenzaban a tener hijos, también los familiares en edad similar. Las insinuaciones ligeras se convirtieron en una prioridad para ella: tener un hijo.

La quería más que a nada en el mundo, así que accedió a dar el paso. Pero Natalia no se quedaba embarazada. Empezaron las pruebas, los tratamientos y el sufrimiento. Nada funcionaba.

Él le propuso parar un tiempo, dejar de buscar y centrarse en la vida que tenían como pareja. En el trabajo le iba muy bien y había surgido la posibilidad de viajar y vivir en diferentes países por un tiempo. Natalia, que era periodista “freelance”, podía trabajar desde cualquier parte del mundo, pero aquel plan que a él le parecía apasionante, a ella le disgustaba.

No quería irse lejos de su familia. Quería tener un hijo.

La relación se fue deteriorando lentamente. Un poco cada día... Gestos indiferentes, caricias inexistentes, caminos que se alejaban cada vez más.

La pandemia los obligó a convivir con intensidad y a enfrentarse a todos esos problemas que habían quedado ocultos por la vorágine del día a día. Durante el confinamiento, todo salió a flote y no lentamente. A borbotones.

En esos días asfixiantes, su mundo se hizo añicos de forma irremediable, cuando sus padres murieron. Primero fue su padre y, una semana después, su madre.

No pudo despedirse de ellos, ni siquiera organizarles el funeral del que tanto hablaban en vida. Solo Natalia y él asistieron a una discreta ceremonia que acabó con los ataúdes deslizándose hacia el horno crematorio.

No guarda un mal recuerdo de ese momento tan triste y trascendental: una sala blanca, acristalada y luminosa, llena de rosas blancas, las preferidas de su madre. Los sencillos ataúdes deslizándose por una cinta hacia un túnel, del que no se veía el final.

Cuando las compuertas blancas se cerraron, Natalia soltó su mano. Nunca más volvieron a tocarse.

Cuando acabó el confinamiento, pusieron la casa en venta. Para su sorpresa, la operación se cerró en pocos días. Una pareja joven, con dos niños pequeños, se habían sentido enclaustrados en su piso de la ciudad durante la pandemia y querían una casa con un poco de jardín. Su unifamiliar les encajaba perfectamente.

Vio en los ojos de Natalia que esa familia representaba todos sus anhelos. Lo que ella quería y no había podido ser.

Sus padres le habían dejado una herencia considerable: el piso, el apartamento y una pequeña fortuna en el banco.

Al principio, pensó en vivir en el piso y alquilar el apartamento, pero cuando lo visitó, revivió su infancia feliz. Y el mar, a pocos metros, lo atrajo de forma irremediable.

Ahora, cada día va a la playa. En bici, corriendo o paseando. Y está más o menos feliz cuando no se acuerda de Natalia.

La cámara subacuática está casi lista. Está orgulloso de su trabajo; es una obra de arte de la ingeniería óptica.

Envía los archivos a la consultora y se va a preparar un café.

Hizo tirar el tabique que separaba la cocina del salón y ahora tiene un espacio abierto y multifuncional. Es un piso luminoso. Entra luz por los ventanales que dan al jardín y por el ventanal que da al patio interior. Como es de uso privativo, ha puesto un par de sofás y una mesita. No sale nunca porque es una zona menos íntima, pero cuando lo hace, se encuentra pelotas de goma de colores chillones.

Son del niño que vive en el piso de arriba.

El niño, Carlitos, siempre baja con su madre, Daniela, una joven venezolana que se disculpa cada vez que vienen a recogerlas.

Cuando Ignacio le entrega las pelotas, Carlitos lo mira con sus grandes ojos negros muy abiertos. Tiene la sensación de que no ha captado el concepto de “perder algo” y, cada vez que viene a recogerlas, piensa que él es un hombre mágico que se las regala...

Hace unas semanas acudió a casa de Daniela porque oyó un gran estruendo que acabó siendo la explosión de la cafetera, que se dejó en el fuego olvidada. Mientras la ayudaba a recoger los posos de café desparramados por la cocina, conoció un poco más de su mundo. Una mujer luchadora que trabajaba limpiando casas sin contrato y vivía en una habitación con su hijo. Le gustó su determinación y su actitud ante la vida, aunque percibió que tras aquella energía había mucho esfuerzo y soledad.

Ahora, Carlitos y Daniela bajan casi cada día.

Ella ayuda a una vecina: le baja la basura y saca a pasear al perro.

Es la vecina de la terraza floreada. No la ha visto nunca.

Algunos de esos días, sin saber cómo, Carlitos se ha quedado con él. Mientras Daniela hace sus cosas, el niño juega con las pelotas

en el sofá mientras él trabaja en su ordenador, o ve los dibujos animados en la tele de tamaño gigante, o corre por el salón, sin ton ni son, riendo de nadie sabe qué, feliz y contento.

Cuando Daniela lo recoge, el niño se lanza a sus rodillas y lo abraza con fuerza. No se quiere ir nunca.

—No, Inatio, nooooo.

Daniela se lo lleva a rastras, agradeciéndole y sonriéndole, y él siente un pellizco desconocido en el corazón.

Sin Carlitos, el salón parece vacío...

La terraza

Terraza es un término que ha evolucionado en el tiempo. Proviene del latín “terraceus”, que, a su vez, deriva de “tierra”. Está ligado a las construcciones hechas directamente sobre el terreno, una superficie plana al aire libre. En la vida doméstica actual, la terraza es un espacio abierto, exterior, unido a la vivienda. Se asocia a la idea de luz natural y aire libre.

La terraza es lo que menos le interesó del piso cuando el agente comercial de la inmobiliaria le hizo la visita guiada.

Había sido una de las últimas ocasiones en las que había salido a la calle.

El hombre se empeñaba en hacerle ver el tamaño aceptable para instalar una mesa de jardín para seis plazas y las escaleras de caracol que subían hacia el terrado, donde el piso tenía una zona de uso privativo, que ella podía utilizar de solárium. En el otro lado, había una zona de terrado de libre disposición para los vecinos y, por último, la zona del centro pertenecía al ático.

A Amelia lo que le parecía de vital importancia para decidir si se compraba aquel piso no era la terraza y lo cerca que estaba el mar.

Ella priorizaba el espacio que había en total, en todas las estancias de la casa, para colocar sus estanterías para libros y para las cajas de los libros. Necesitaba metros lineales. Muchos.

Satisficha con el número que le dio el comercial, lo había comprado y lo había convertido en su casa-biblioteca.

En el salón tenía un pequeño sofá, una tele, un sillón mullido con reposapiés , donde acostumbraba a leer, y la mesa de comedor, que también era su despacho. Era correctora y traductora en una multinacional y su trabajo no era presencial.

Padecía de agorafobia extrema y ya no salía de casa. Era como Anna Fox, la protagonista de la novela *La mujer en la ventana*, de A. J. Finn.

Solo salía para lo inevitable, como gestiones presenciales o pruebas diagnósticas que requerían que se trasladara a un centro médico. Lo hacía totalmente dopada, tanto que muchas veces ni siquiera recordaba la visita al dentista.

La sociedad en la que vivía le permitía ser funcional sin poner un pie en la calle. Compras, médico, psiquiatra, trabajo... cualquier cosa que necesitara disponía de servicio a domicilio.

No tenía fobia social, así que recibía las visitas de su familia y amigos, pero siempre en el interior del piso, en aquel lugar seguro, repleto de libros.

Nadie la entendía, pero era feliz así. Cuando acababa su jornada de trabajo, elegía un libro y se sentaba en el sillón para viajar a otros mundos. No necesitaba nada más...

Amelia mira el reloj. Se acerca la hora de Daniela. Blue, su perro, se remueve inquieto cerca de la puerta. Ya la está esperando.

Daniela es su vecina. Vive en el primer piso con su hijo y Fátima, una joven marroquí muy tímida. Cuando su trastorno empeoró, fue consciente de que debía obtener ayuda para algunas tareas. Primero fue la basura. Los primeros meses, aún fue capaz de bajar por las escaleras y dejar las bolsas en los contenedores que estaban a apenas cinco metros del portal, pero llegó un momento en que el felpudo de la puerta de su casa se convirtió en una frontera invisible, una barrera infranqueable.

Como por arte de magia, el mismo día que fue consciente de su incapacidad para salir, una gotera de su baño le hizo conocer a Anselmo, el vecino de abajo. El agua goteaba por su techo y fue a verla para avisarla y que llamara al seguro.

La gran cantidad de libros le llamó la atención, aunque la felicitó por el orden y la calma que se respiraban en ese piso-biblioteca. Y es que Amelia acumulaba libros, en una suerte de síndrome de Diógenes literario, pero su acopio era en extremo ordenado.

Los libros estaban organizados por género y autor, por orden alfabético. Y los que estaban en cajas, en la habitación, tenían consignados los títulos y autores en una etiqueta exterior.

Ella nunca hablaba de su enfermedad. Había aprendido que no todo el mundo podía entender la gravedad de su situación. “No poder salir de casa” no solía quedaba bien parado cuando lo comparabas con un cáncer o un ictus. Pero Anselmo intuyó que algo pasaba y, de una manera directa que no esperaba, se lo preguntó.

—¿Estás bien? No te veo salir nunca a la calle.

Se lo explicó todo, incluyendo su última preocupación, motivada por la basura. Anselmo la escuchó con paciencia, porque Amelia se dejó llevar más que con su psiquiatra. No la compadeció demasiado, lo justo. Y después se quedó pensativo. Le habló de Daniela.

—La chica está falta de dinero. Le puedes dar una propina por bajarte la basura.

Daniela empezó a trabajar para ella. También se hizo amiga de Anselmo. Cada semana pasaba un día a verla, con un táper en la mano, con alguno de los guisos que había cocinado.

A medida que pasaba el tiempo, Amelia se iba encerrando en su burbuja de confort, pero aislada del mundo. Sus amigos venían menos a visitarla. Un poco más en verano, porque iban a la playa y después comían en su casa, pero se notaba una cierta incomodidad. Su familia —padres y hermano— estaba muy preocupada por los escasos avances en su mejora.

—Está ocurriendo todo lo contrario: estás empeorando y a un ritmo veloz.

Un día se presentaron en su casa con un cachorro de pastor belga. A ella le gustaban mucho los perros, pero nunca se había planteado tener uno, y menos con su incapacidad para salir de casa. Pensaba que era una crueldad para el animal.

Su padre había ideado un plan que él creía esperanzador: le regalaban el perro y, como ella adoraría al perro, se vería obligada

a sacarlo a pasear. En la mente paterna, debió parecer una idea brillante, pero disgustó a Amelia. No quería tener un perro.

Se fueron enfadados con ella, pero dejándole el cachorro. Su padre estaba determinado a probar su estrategia, aunque condenara al perro.

Lo llamó Blue y, por supuesto, se enamoró de él. Mientras fue cachorro, todo fue bien. Compró online juguetes caninos para ejercitarlo, pienso equilibrado, y le dio todo el amor y la atención del mundo. Cuando leía, Blue se quedaba a su lado, estirado, con la cabeza descansando encima de sus pies. Tranquilo. Dándole su tiempo de lectura en paz.

Parecía que la entendía más que las personas...

A medida que fue creciendo, las cosas se fueron complicando y, entonces, pensó en la terraza. Allí había dispuesto una zona para las necesidades de Blue, pero solo se atrevía a abrir el ventanal un par de horas y nunca lo cruzaba. El perro correteaba por la terraza, subía por las escaleras de caracol y llegaba al terrado, donde seguía corriendo, pero cada diez minutos bajaba y entraba en el piso, ladrando para llamar su atención y que saliera con él.

Así que decidió hacer algo en la terraza que la hiciera sentir cómoda, para poder sentarse en el exterior, estar con Blue y, de paso, que le diera el sol. En las últimas analíticas a domicilio, le habían detectado un déficit de vitamina D.

El nieto de Anselmo tenía una pequeña empresa de reformas. Lo contrató para que arreglara el suelo, que quiso poner de madera en toda la terraza, le cambiara la escalera de caracol, le pusiera un toldo, sustituyera la llave de agua y pintara todo, incluida su zona del terrado de uso privativo.

Vio un anuncio de una tienda online que parecía hecho para ella. Una chica, en un piso con una terraza gris y sosa, que, con las ofertas de primavera, la llenaba de plantas y flores, convirtiéndola en un encantador minijardín. Se puso manos a la obra y compró una mesa para seis personas, maceteros de todos los tipos, tierra, abono, plantas, flores y una manguera que conectó al grifo de la pared.

Con la ayuda de Anselmo y su nieto, colocó todo en la terraza, mientras Blue brincaba alegremente a su alrededor. Ella preparaba las macetas en el salón y se las pasaba a ellos, que las colgaban en la baranda o las ponían en el suelo, siguiendo sus instrucciones.

Consiguieron crear un espacio precioso. Lleno de verde y color y con una acertada muralla de arbustos en el frontal que la protegía de las miradas de la calle. Apetecía sentarse allí a leer...

En una consulta por videollamada, le mostró la terraza a su psiquiatra y este lo celebró con ella.

—Es un gran paso. Es muy importante ya solo el hecho de que te lo estés planteando.

Solo tenía que intentar dar ese paso físico, que tenía mucho de simbólico, y cruzar el ventanal, dejando atrás el salón, y sentarse en la silla más cercana. Pero no pudo.

Anselmo se asustó cuando presenció uno de sus ataques de pánico. Se inició cuando alzó un pie para posarlo en el suelo de la terraza. No fue de las crisis más severas que había sufrido pero, su respiración se empezó a agitar hasta el punto de tener la sensación de ahogo. El corazón se le puso a mil y empezaron los sudores.

Pero Anselmo no se rindió y, cada día, iba a su casa, abría el ventanal y la invitaba a salir a la terraza. No la atosigaba ni la urgía a hacerlo. No le daba arengas tipo “Tú puedes”, “Sé valiente” ... Si ella se quedaba parada, sin dar el paso, cerraba la ventana y sacaba a Blue a pasear por la playa.

—Ya está muy grande y tienes que pensar seriamente que el perro necesita salir a correr y a brincar. A olfatear. A vivir su vida de perro. Él no tiene agorafobia, Amelia. ¿Por qué no le pides a Daniela que, cuando te baje la basura, pasee a Blue? Le irá bien a ella, a ti, y, sobre todo, al animal, que es un santo, este perro...

Daniela empezó a pasear al perro. Muchas mañanas lo hacía Anselmo, pero, al atardecer, Daniela se iba con él a la playa. Carlitos, su hijo, también se había enamorado de Blue. Era precioso verlos recorrer la calle hacia el paseo marítimo, tan llenos de vida y alegría. Lo hacía desde el salón, con unos prismáticos de última generación, pero por culpa de los arbustos que le tapaban la visión, se tenía que subir a un taburete. En una de las ocasiones, el taburete se movió, ella se tambaleó y se cayó.

No le pasó nada grave, una pierna dolorida, pero había sido un aviso. Tenía que elegir entre no observar a su perro o salir a la terraza, apostarse entre las plantas, resguardada y segura, y mirar por los prismáticos. Lo intentó muchas veces, pero no fue posible. Así que, cada tarde, oía al perro ladrar y los chillidos de alegría de Carlitos desde el salón, pero no los veía, hasta que un día, a aquella melodía, se le añadió un frenazo y unos gritos.

Tenía en las manos el ejemplar de *Flush*, de Virginia Woolf, y, del susto, saltó por los aires. Sin pensarlo, cogió los prismáticos, abrió el ventanal y salió a la terraza. Apartó las plantas y observó lo que pasaba.

Daniela increpaba al conductor de un coche. Carlitos estaba sano y salvo en la acera y Blue se había plantado delante del conductor, ladrándole agresivamente. Todos estaban bien.

Entonces sintió la brisa del mar acariciando su piel. La luz anaranjada del atardecer iluminaba la terraza de forma tenue.

Respiró profundamente.

Estaba fuera.

Y, así, en pocos segundos, su terraza pasó a ser un lugar seguro, en el que empezó a estar mucho tiempo.

Se convirtió en algo parecido a *La ventana indiscreta*, la película de Hitchcock, aunque era una terraza: *La terraza indiscreta*. Había encargado una placa que simulaba el rótulo de una calle, en la que se leía: “Woolrich Avenue”, en honor a Cornell Woolrich, el autor del relato *It Had to Be Murder*, en el que se basó la famosa película.

Era uno de sus relatos favoritos.

En la terraza hablaba con Anselmo mientras tomaban una cerveza, comía con su familia y los pocos amigos que la visitaban, leía al sol mientras Blue se paseaba por allí y observaba la vida exterior con sus prismáticos, apostada entre las plantas que le servían de camuflaje.

Así fue conociendo a sus vecinos del edificio.

A cada uno de ellos les había asignado un libro. A Anselmo: *El abuelo que saltó por la ventana y se largó*, de Jonas Jonasson. Es un hombre lleno de humanidad y humor, como Allan Karlsson, el protagonista.

Si madrugaba y hacía buen tiempo, aprovechaba para leer en la terraza con la luz del día. Su sillón de lectura había quedado relegado a las noches y al invierno. A esas horas, oía unos pasos y el roce de las ruedas de una bicicleta en la acera.

Era Ignacio, el hombre que vivía en el bajo. Anselmo le había hablado de él. Divorciado, había venido al piso que le habían dejado en herencia tras separarse. Sus padres habían fallecido durante la pandemia. Hay días que sale corriendo y otros en bicicleta, pero no sube a ella hasta que ha llegado al paseo

marítimo. Sabe que es ingeniero y Anselmo le insiste en que es “buena gente”.

Ignacio es su Toru, de la novela *Tokio Blues*, de Haruki Murakami.

Más tarde, veía a Daniela, arrastrando, literalmente, a Carlitos por la calle, siempre con prisa. La había ido conociendo y era más consciente de la vida difícil de aquella mujer joven. Huyendo del maltrato físico y el abuso del padre de su hijo, en precarias condiciones económicas, y en un país extraño en el que abundaban los prejuicios. Cargada con esa mochila, increíblemente, Daniela era la persona más positiva y alegre que había conocido. Siempre con una sonrisa colgada de su hermoso rostro.

Su etiqueta de inmigrante y su apariencia mestiza —ese pelo afro, los pantalones ajustados y sus uñas largas de colores chillones— la marcaban. Le hacía pensar en Ifemelu, la joven nigeriana que emigra a Estados Unidos en la novela *Americanah*, de Chimamanda Ngozi Adichie.

Daniela, como Ifemelu, solo buscaba una vida digna.

Enseguida la perdía de vista, porque giraba a la derecha para ir a las casas que ocupaban la primera línea de mar, a limpiar. Sin contrato y pago en efectivo.

Un poco más tarde, aparecía una figura femenina, alta y estilizada, con un velo cubriendo su cabello, que más que andar parecía flotar en el aire. Andaba cabizbaja, mirando al suelo. Compartía piso con Daniela, quien le había explicado que Fátima era una mujer tímida y muy discreta. Estaba atrapada entre dos mundos: el de una cultura opresiva y el de la juventud y las expectativas. La forma de caminar de Fátima inducía a pensar en la tristeza.

A ella le correspondía *El harén político*, de Fatima Mernissi. La autora, del mismo nombre, habla de su infancia y del rol de las mujeres en el islam.

El día anterior vio a una joven, peinada con una preciosa cola de caballo, deslizarse de la misma forma que lo hacía la joven marroquí, un poco más veloz, como si no quisiera que algo o alguien la atrapase, pero con el mismo estilo temeroso. Hubiese jurado que era ella, si no supiera que, para Fátima, el velo era lo mismo que el felpudo de la entrada: una barrera infranqueable.

Después del vecino deportista y las chicas yéndose a trabajar, la calle quedaba tranquila. Anselmo salía a comprar, a pasear o a pescar.

Manuela, la vecina del segundo, era la que más iba a hacer la compra. También a la peluquería, porque había días que salía con un peinado y volvía con otro, más lustroso y estructurado. Tiene dos hijos y una nieta. Los ha visto pasear, poco, pero los ha visto. Es la vecina que se pulió el parquet de su piso y obliga a todos los que entran a ponerse unas zapatillas de esas que regalan en los hoteles. Le ha parecido tan buena idea que, aunque ella no se haya arreglado el suelo, ha comprado una cesta y veinticinco pares de zapatillas en Amazon. Daniela le pasó el link.

De Manuela tiene menos información que del resto de vecinos. Es viuda, como Anselmo. Le gusta cocinar y echa de menos a sus hijos. Se queja de que la vienen a ver poco. Cuando alguna vez le ha preguntado a Anselmo, este se pone nervioso y habla poco de ella. Le da vergüenza. Amelia cree que algo muy bonito se está gestando entre los dos.

El libro *These Foolish Things*, de Deborah Moggach , en el que se basó la película “The Best Exotic Marigold Hotel”, es un buen inicio para esta incipiente historia de amor y segundas oportunidades.

Ya irá sondeando a Anselmo...

El único vecino que la tenía desconcertada era el del ático. A Blue no le gustaba nada ese hombre. Si alguna vez coincidían los dos

en el terrado, el perro le ladraba con estridencia. Parecía un ejecutivo de multinacional —los conocía bien, porque la empresa para la que trabajaba era una de ellas—. Se iba muy pronto y volvía muy tarde. Por las noches salía a fumar al terrado. Alguna vez, desde la terraza, lo había oido hablar por teléfono en inglés y, otras, en ruso.

Ni Anselmo ni Daniela saben nada de él. Anselmo cree que el piso lo ha comprado una empresa para estancias temporales de sus propios ejecutivos. Piso turístico no es, porque en la última reunión de vecinos se votó en contra, por mayoría, de permitir alquileres de ese tipo. Además, el Ayuntamiento, de momento, había paralizado la concesión de nuevas licencias.

Amelia está de acuerdo con su perro: aquel sujeto no le daba buenas vibraciones. Le evoca a Patrick Bateman, el ejecutivo sin alma de *American Psycho*, de Bret Easton Ellis.

Blue ladra a la puerta. Es su ladrido de alegría. Por fin podrá olisquear todo lo que encuentre a su paso, relacionarse con otros perros y jugar como un tonto con Carlitos. Amelia va a buscar las tres bolsas de su basura reciclada que tiene en el patio. Abre la puerta y saluda a Daniela con dos besos, y al niño, que ya está acariciando el lomo de Blue.

Les dice adiós con la mano mientras los ve bajar las escaleras entre risas.

Mira hacia abajo y ve sus pies sobre el felpudo de la puerta. Da un paso atrás, sorprendida.

El felpudo sigue siendo una frontera invisible, pero hace unos meses que le parece menos férrea.

Vuelve a la terraza y coge el libro que estaba leyendo: *Eleanor Oliphant está perfectamente*, de Gail Honeyman.

Abre por donde ha dejado el marcapáginas porque no le gusta doblar la punta de la hoja, ni utilizar la solapa y empieza a leer:

A veces lo único que necesitas es tener a alguien agradable a tu lado mientras lidias con las cosas.

El terrado

Un terrado o azotea es la parte superior plana de un edificio, especialmente de un bloque de pisos, que suele estar al aire libre. Es lo contrario a un tejado a dos aguas o inclinado. Es transitable y puede ser de uso comunitario o uso privado. Era el lugar habitual para tender la ropa al sol. Ahora, en estos tiempos más modernos, se llena de plantas, butacones, mesas, sillas, luces solares y un porche de madera o toldo para quien quiere sombra.

Pablo está fumando en el terrado. Le gusta subir para ver el mar y la extensión de playa de arena ocre que se extiende a lo largo. La mayoría de las ocasiones está tranquilo, pero algunos días aparece el perro de la vecina del piso de abajo y le ladra de manera insistente. Ahora solo sube cuando lo sacan a pasear o por la noche, en la que el perro está en el interior del piso con su dueña.

Cuando está allí arriba, imagina cómo era esa zona en los años 70. Había pinares desde el edificio en el que se encontraba hasta la playa. Las familias acudían los fines de semana para pasar un día en el mar. Comían bajo los pinos, cocinando paellas en hornillos de gas o con las tortillas de patata que traían de casa. Dormitaban la siesta bajo la sombra de alguno de esos pinos, mientras los niños

corrían hacia el agua, haciendo caso omiso a las madres que corrían tras ellos, temiendo el riesgo de una indigestión si se bañaban.

Había visto en los informes demográficos que era el destino de las clases medias urbanas y también de la clase trabajadora, sobre todo de emigrantes venidos de todos los puntos del país, que trabajaban en la industria incipiente de la zona.

Fue un momento en el que los municipios convirtieron los terrenos agrícolas en suelo edificable y se empezaron a construir bloques de apartamentos para el sueño de la segunda residencia de los que frecuentaban los pinares. Los planes urbanísticos se fueron extendiendo sin demasiado control y, en esa zona concretamente, debido a un cambio en la política municipal, se decidió parar la construcción y preservar una parte del parque agrario.

Aquel edificio formaba parte de un proyecto de urbanización y construcción de cuatro bloques idénticos, pero solo se construyó uno. El resto de las licencias fueron revocadas. Con el paso del tiempo, volvieron a cambiar las directrices municipales y se permitió construir en primera, segunda y tercera línea de mar.

Dada la situación privilegiada de la zona, a escasos diez minutos del aeropuerto y cerca de la ciudad, el suelo se destinó a un tipo de

vivienda “premium”: unifamiliares de grandes dimensiones, con piscina y jardín privado.

Desaparecieron los pinares y se construyeron villas y mansiones al estilo mediterráneo. Primero fueron familias adineradas de la zona las que compraron los solares y se hicieron las casas, pero en la actualidad, la mayoría son propiedad de extranjeros, en su mayoría rusos, algún jugador de fútbol y un famoso DJ.

El fondo de inversión en el que trabaja está interesado en adquirir el bloque en su totalidad, para derribarlo y hacer apartamentos de lujo. El Ayuntamiento no va a permitir que se edifique más, pero no se han negado a concederles la licencia como “apartamentos turísticos”. Si fuera así, es una buena inversión, muy rentable. Apartamentos lujosos, a pocos metros del mar y muy cerca de la ciudad de moda. Se podían poner tarifas por noche al nivel de una gran suite en hoteles de cinco estrellas, multiplicadas por el número de habitaciones.

Se habían encallado en el tema de la piscina. No se podía plantear este tipo de instalaciones sin que hubiera una piscina y un jardín privado que rodeara el edificio. Y en eso estaban, en un tira y afloja con el concejal de urbanismo.

Lo habían destinado allí mientras se desarrollaban las negociaciones, para analizar la inversión y la viabilidad de compra del bloque. El fondo había comprado el ático cuando se puso a la venta, se hizo una pequeña reforma y se puso a disposición de los ejecutivos que visitaban la ciudad. Ahora le tocaba a él. Tenía previsto estar un mes, pero ya llevaba un trimestre allí.

Durante este tiempo, asistía como representante del fondo inversor en las reuniones con la autoridad local, había solicitado informes urbanísticos y medioambientales e investigaba a los vecinos, para tantear si estaban dispuestos a vender.

El dinero movía montañas, pero no todas. Había trabajado en operaciones que se habían frustrado porque un vecino, uno solo, se había negado a la venta de su inmueble.

Las primeras pesquisas le indicaban que la compra del edificio era de las complicadas. En la oficina, las calificaban por etiquetas: verde, si era viable; azul, si había posibilidades; y roja, si era altamente improbable. En este caso, el bloque tenía una gran etiqueta roja.

El edificio solo tenía seis pisos, algo inusual en un bloque de apartamentos, y, por lo tanto, eran seis los potenciales vendedores.

Ignacio Soler, ingeniero industrial, propietario del bajo, era uno de los que consideraban posible vendedor. Hacía poco que se había trasladado al edificio. Había heredado el piso de sus padres, pero, por una valoración generosa del inmueble, podía existir alguna probabilidad de que mostrara interés en la oferta del fondo.

Guadalupe Sierra, jubilada, actualmente viviendo en Ávila, era la propietaria del primero. Sin hijos, había alquilado el piso a su sobrina para hacerle un favor, a un precio muy por debajo del mercado. La sobrina, cosa que Guadalupe ignoraba por lo que averiguó en su conversación telefónica, había alquilado las habitaciones, sin contrato alguno, a dos chicas jóvenes inmigrantes. Una venezolana, con un niño pequeño, y otra marroquí. Guadalupe estaba dispuesta a vender, y más después del disgusto que se llevó al enterarse de lo que hacía su sobrina. Pero Pablo había valorado el riesgo de las inquilinas. Sobre todo, el de Daniela, la venezolana. Si ella se asesoraba bien, al tener un hijo pequeño a su cargo, podían tener dificultades para sacarla del piso.

Manuela Llorente, viuda y pensionista. De profesión, ama de casa. Propietaria del segundo. Al principio, había tenido sus dudas con ella. Con una buena compensación económica, tal vez, poder vivir más cerca de su hija y su nieta le compensaba dejar su vivienda de toda la vida, pero, en los últimos tiempos, había observado que

estaba desarrollando una relación especial con Anselmo Floquer, otro de los vecinos. Eso podía ser un impedimento.

Anselmo Floquer, viudo y pensionista. Propietario del tercero. Había tenido un taller mecánico muy conocido en la ciudad, que llegó a expandirse con tres más en el área metropolitana. Antes de jubilarse, lo vendió todo a una cadena de concesionarios de coches. Poseía solvencia económica y un gran apego a la zona, al piso y a la playa. Era la oveja negra del proyecto. Estaba seguro de que se opondría a la operación y no podía expresarlo de forma contundente en su informe, porque aquello no gustaba demasiado a sus jefes. Creían que todo se podía comprar.

Amelia Blasco. Traductora y correctora en una multinacional. Propietaria del cuarto piso. Sufría de agorafobia extrema y jamás salía de casa. Los informes económicos indicaban que poseía una pequeña fortuna. Después supo que, hacía unos años, había ganado un premio de la lotería. Había creado un espacio seguro en su piso y le parecía imposible conseguir sacarla del edificio. Era la única que tenía plantas en la terraza. Pasaba mucho tiempo allí, leyendo u observando la calle con unos prismáticos. Además, había creado fuertes lazos afectivos con Anselmo, con Daniela y con el niño. Era otra oveja negra indiscutible.

Los datos finales indicaban que tenía tres posibles: el bajo, el primero —pero con el problema de las inquilinas—, y el segundo.

Y dos imposibles: el tercero y el cuarto.

No pintaba bien.

Mientras se preparaba la cena, le llegó un aviso de mail. Tenía dos informes disponibles. Decidió cenar tranquilamente y abrir los correos después.

En estos tres meses se había acostumbrado a vivir allí. Era un buen lugar para aposentarse. La playa, a apenas dos minutos caminando, había resultado terapéutica. Había noches que, sobrepasado por el estrés, había salido a pasear. El sonido del mar y, en las noches de luna brillante, el reflejo en el agua lo habían relajado hasta el punto de empezar a reflexionar sobre su vida. Había días en los que descubría, sorprendido, que envidiaba la camaradería entre vecinos, sus vidas sencillas...

Su personalidad competitiva y priorizar el éxito en el trabajo sobre todas las cosas le habían hecho olvidar que había más cosas allí fuera.

Las relaciones personales no prosperaban. Es más, nunca se había enamorado.

Su padre vivía solo en el pueblo que lo vio nacer y al que volvió cuando se jubiló, ya viudo. Lo visitaba una vez al año y brevemente. Apenas un par de días, en los que seguía enganchado a su teléfono y al portátil, aunque tuviera que subir a la loma más alta, porque allí la conexión era muy débil.

No sabía qué problemas de salud tenía ni qué medicinas tomaba. Le llamó la atención el pastillero y el gran número de cápsulas y pastillas que tomaba al día, pero no le preguntó. Si sabía más, se vería obligado a preocuparse más por él, y no tenía tiempo.

Cuando recogió los platos, se sentó en la mesa del comedor, con los ventanales abiertos para que le llegara el aroma del salitre, y leyó los informes.

Había solicitado un informe al Sistema Nacional de Cartografía de Zonas Inundables. Era una herramienta que permitía visualizar estudios de delimitación y cartografía de áreas inundables en España y una de las que se utilizaban en el estudio de predictores para valorar la idoneidad de la inversión.

Descubrió que el edificio se situaba en una zona con un riesgo significativo de inundación, por su proximidad al delta del río y a la zona costera baja. Además, en noviembre de 2024, fuertes lluvias provocaron inundaciones en la zona, afectando especialmente las primeras, segundas y terceras líneas de mar, y causando cortes en varias vías debido a la acumulación de agua.

El pronóstico del especialista medioambiental no era favorable. Habitualmente, esos informes no afectaban a las inversiones, porque se amortizaban a corto y medio plazo, y las posibles incidencias por cambio climático afectaban más a largo plazo. Pero, en esta ocasión, la alerta indicaba que el riesgo era elevado y cercano en el tiempo. Los últimos acontecimientos meteorológicos en diferentes puntos del Mediterráneo hacían indispensable tener en cuenta —y con alta prioridad— los informes, y en este caso, eran negativos.

Al día siguiente asistió a la reunión en el Ayuntamiento, en la que le informaron que les podían conceder la licencia para la piscina y una pequeña área de jardín privado para el edificio, pero que se mantenían en su negativa de conceder el permiso en la categoría de “Apartamentos/Pisos Turísticos”.

El informe final que remitió al jefe de operaciones desaconsejaba la compra del edificio. Expuso los datos y argumentos para llegar a

esta conclusión: la identificación de ovejas negras entre los vecinos, la negativa del Ayuntamiento para la licencia turística y, finalmente, el alto riesgo de inundación de la zona.

A los dos días recibió la respuesta del jefe de su departamento: abandonaban el proyecto y ponían el ático en venta.

La semana siguiente debía estar en la central, en Gibraltar.
Tenía que irse.

En situaciones similares, en otras ciudades y países del mundo, estaba deseando acabar su trabajo para volver a casa, pero, en esta ocasión, sentía una extraña melancolía, un sentimiento no identificado.

Subió por última vez al terrado. Empezaba a atardecer. Apareció el perro, ladrándole desde su lado, que por suerte tenía una valla de madera que delimitaba las zonas privativas, pero desapareció enseguida. Sabía perfectamente que lo iba a ver corretear por la calle con la chica venezolana y el niño pequeño.

No se equivocaba. A los pocos minutos vio al grupo dirigirse hacia la playa. Ignacio iba con ellos. A medio camino se añadió Anselmo, que llevaba sus aparejos de pesca y una silla plegable.

Le llegaba el aroma de la cocina de Manuela. Olía a tortilla de patata. Pensó que la mujer se añadiría al grupo con una neverita en la que llevaría los bocadillos de tortilla, cerveza, agua y un refresco para el niño. Cenarían en la playa. Los había visto hacerlo con frecuencia en este último mes.

Amelia, justo debajo de él, los estaría observando desde su terraza. Era posible que, algún día, ella también pudiera disfrutar de esas veladas. Ese edificio tenía algo extraño, una magia especial que convertía aquel bloque de hormigón en una comunidad acogedora y, también, sanadora.

Colores rojizos de múltiples tonalidades se extendían por la superficie del mar. La imagen era de una belleza impresionante.

Un deseo surgió en su mente, brillante como el atardecer.
Quería quedarse allí.
¿Y si compraba el ático?

Estaba en una zona de gran interés inmobiliario. El mercado estaba activo, ya que el alza de los precios había hecho que propietarios de casas antiguas, de los años 60, 70 y 80, las vendieran. Normalmente se demolían y se construían nuevas casas de lujo, con la característica única de estar a pocos metros del mar y a pocos kilómetros de la ciudad.

Conocía a inversores rusos y holandeses que estaban interesados en comprar por allí. Podía irle bien.

Se traería a su padre los meses de invierno, en los que nevaba mucho en el pueblo y no podía salir de casa. Así podrían pasar más tiempo juntos.

Seguro que le encantaría ir a pescar con Anselmo...

El garaje

La palabra garaje proviene del francés “garage”, que deriva del verbo “garer”, que significa “guardar” o “proteger”.

Normalmente, lo que se pone a salvo son vehículos.

El garaje del bloque de apartamentos está en mal estado. Hay que pintar y arreglar el pavimento, pero nunca se ponen de acuerdo en la reunión de vecinos, porque los presupuestos son caros y prefieren dar prioridad a cambiar los toldos de las terrazas.

A mí me trae sin cuidado. Soy un gato. El gato que vive en el garaje y no necesita grandes lujos. Me es suficiente con el pienso que me pone Manuela, la vecina del segundo, y el cuenco de leche que día sí, día no, me deja Carlitos, el único niño del edificio.

A mí me da igual. No me gustan los niños.

Ya hace tiempo que me instalé en el garaje. Me encanta que no haya niños. Se está más tranquilo.

Sé por otros gatos que antes aquello era un caos. Estaba lleno de niños que corrían de un lado para otro, dejaban colchonetas y

flotadores en sus trasteros, jugaban a fútbol marcando la portería con tiza en la plaza número 2, montaban circuitos de bicicleta.

Mejor así.

Me dejan estar en el garaje y me dan comida, aunque esté prohibido por el Ayuntamiento, porque los humanos tienen la teoría de que, desde que estoy yo, no han encontrado ningún ratón. Me atribuyen esa proeza, pero no hay ratones porque no hay ratones.

Por lo que sea, se han ido de la zona, cosa que les agradezco, porque tampoco me apetece comer un ratón. Ya me va bien el pienso y la leche.

No estoy solo.

En el trastero del primero vive Juan, un hombre que no tiene hogar y se ha hecho un hueco en el garaje.

No me importa, porque no me gusta el trastero, ni estar encerrado, y Juan, cada noche, se mete en ese habitáculo oscuro y húmedo y no me molesta.

He tenido un par de problemas cuando ha intentado beberse mi leche, pero solo con arquear mi cuerpo de gato y enseñar los

colmillos, Juan se ha apartado del cuenco. Con el pienso no se atreve.

Ningún vecino lo sabe. El hombre llega ya entrada la noche y se va muy temprano, antes de que los vecinos estén activos.

El trastero del primero estaba completamente vacío hasta que lo ocupó Juan. Del techo colgaba una bombilla desnuda que daba algo de luz. Era lo único que había allí: una bombilla.

La propietaria del piso lo tenía alquilado y vivía lejos de allí.

Nadie se ha preocupado nunca por ese trastero.

Nadie entra nunca en ese trastero.

Ahora hay un colchón y un par de mantas sucias. Un hornillo, una radio y algunas cosas de Juan: un peine, un cuchillo, unas cuerdas con las que se ata los pantalones y algunas piezas de ropa.

La vida de Juan se parece a la mía, a la de un gato que no es de nadie, casi invisible.

Por la mañana salen en busca del sol.

El hombre deambula por el paseo y yo me estiro en el terrado hasta que aparece el pastor belga que me asusta y, entonces, cambio de

lugar. Hay muchos rincones donde el sol da de pleno y estoy resguardado.

El hombre pide dinero limpiando los coches que aparcan en el paseo, y con lo que le dan, se compra cerveza, se emborracha y acaba durmiendo el resto del día, como yo.

Cuando nos encontramos en el garaje, el hombre me habla. No es que yo tenga muchas ganas de escuchar su cháchara, pero a veces me siento a su lado y finjo que me interesa lo que me explica. Incluso maúlico suavemente.

Juan es un hombre normal que ha tenido muy mala suerte.

A veces, me dice que preferiría ser un gato.

Tenía casa, esposa y trabajo. Perdió la casa, la esposa y el trabajo. Empezó a beber y, sin saber cómo, se vio en la calle.

Sin ayuda. Sin un lugar seguro en el que cobijarse para dormir por la noche o protegerse del frío del invierno.

Se convirtió en invisible.

Nadie quería verlo, nadie lo veía.

Me sorprende que lo traten casi peor que a un gato. Nosotros no somos gregarios, no tenemos una manada, pero, en cambio, obtenemos recursos que Juan no tiene. Yo tengo comida y un techo, el que elijo cada día.

A Juan le fallaron los suyos. Los que tenía cerca, los que debían protegerlo, los que debían ayudarlo. Todo falló.

Juan era operario. Trabajaba de montador en una fábrica de motores de coche. Cuando lo hicieron fijo en el trabajo, se casó con la novia de toda la vida. Vivieron en un piso de alquiler durante unos años. Después se hipotecaron para comprar un piso en la ciudad, en un barrio de nueva construcción, porque su mujer quería vivir más cerca de su madre. Juan era un hombre de intereses sencillos: le gustaba tomar una cerveza al salir del trabajo con sus compañeros, ver el fútbol e ir al cine con su mujer. Tampoco le daba para más con el salario que ganaba. Solo entraba un sueldo en casa y el préstamo hipotecario empezó a pesar como una losa.

Juan no prosperó. Continuó en su puesto, haciéndose mayor sin llegar a ser más que un montador. Su mujer lo abandonó, tenía más aspiraciones y él no podía atenderlas. En el mismo período, una crisis económica asoló el país y lo echaron de la fábrica.

Con su edad y formación, le fue difícil encontrar otro trabajo. Estuvo un tiempo de camarero y, después, de mensajero, pero también lo despidieron. Ya había empezado a beber más de la cuenta. Estaba nervioso y el alcohol era lo único que le proporcionaba algo de paz. Llegó el día en que no pudo pagar la cuota hipotecaria.

Se fueron acumulando.

Sus padres habían fallecido, no tenía hermanos y sus amigos y familia cercana estaban en situaciones similares o le daban largas para no tener que prestarle dinero. Pero la cuestión es que Juan se quedó sin recursos económicos. Asistía cada día a un comedor social. Por las tardes, se encerraba en el piso con latas de cerveza.

Lo desahuyeron. Lo echaron de su casa y se vio con dos bolsas de deporte llenas de las cosas que había podido sacar del piso y en la calle.

Al principio, los servicios sociales le proporcionaron habitación en un albergue y la opción de un piso compartido, pero el consumo de alcohol fue en aumento y desperdició todas las oportunidades que le dieron.

Se fue del albergue y empezó a dormir en la calle: en bancos o portales.

Había días que se encontraba con alguien que lo reconocía y pasaba tanta vergüenza que decidió irse de la ciudad.

Así es como acabó en mi territorio.

Fui yo, un gato, el que lo guio hasta el trastero, su techo.

Me siguió por el paseo marítimo, borracho y tambaleante, gritándome:

—¿Gato? ¿Por qué no quieras estar conmigo? ¿Por qué tú tampoco? —hasta llegar al garaje.

El garaje es amplio. Tiene seis plazas para coche, una zona para bicicletas, un local social donde se hacen las reuniones de vecinos y seis trasteros.

Mientras yo bebía la leche que Carlitos me había dejado en el cuenco, Juan se dedicó a intentar abrir todas las puertas de los trasteros. No quería robar, buscaba un lugar donde descansar.

El último trastero que intentó abrir fue el del primero. No estaba cerrado con llave, así que la puerta cedió y Juan se encontró con una pequeña habitación fría y húmeda, pero vacía, con techo y resguardada. No se lo pensó ni un segundo —tampoco podía,

porque estaba borracho—, pero se acurrucó en el suelo, se amoldó la chaqueta como si fuera una almohada y se quedó dormido.

Ese primer día, cuando llegó el alba, me acerqué al hombre. Sentí compasión por él y me alegré de ser un gato. Tenía que despertarlo para que no lo descubrieran los vecinos, así que maullé cerca de su oído y le golpeé la cara con la cola. Los gatos somos independientes y observadores, pero también sabemos mostrar afecto a nuestra manera. Nos llaman “sociales selectivos”.

Juan se despertó y salió del garaje antes de que nadie lo viera. Aunque, siendo invisible, ¿quién lo iba a ver?

Desde ese día, viene cada noche, hasta que alguien abra ese trastero y descubra su techo. Pero eso aún no ha pasado.

De momento, los humanos del edificio creen que, en el garaje, solo vive un gato...

El terrado (II)

El mar ha ido recuperando su territorio. Se ha rebelado contra el exceso de hormigón que bordeaba la costa y la densidad poblacional. Demasiado cemento, demasiadas personas.

El agua salada ha cubierto las aceras y las casas de los multimillonarios rusos que ocupaban la primera línea de mar. Lo mismo ha ocurrido con la segunda y la tercera. Las construcciones no han desaparecido, ahora son estructuras sumergidas, exploradas por los que se atreven a bucear por allí. Son técnicos, científicos y arquitectos que investigan cómo reconstruir las ciudades costeras, pero también atraen la atención de los que antes buscaban pecios y barcos antiguos. Ahora encuentran casas y bloques de apartamentos hundidos que cobijan tesoros escondidos bajo el agua: joyas olvidadas, obras de arte, lingotes de oro.

Cuando comenzaron los rumores de guerra, los millonarios invirtieron en oro, ese refugio eterno. Fueron muchos los que huyeron en el primer temporal, de forma imprevista y urgente, para

salvar sus vidas, y dejaron allí los restos de su riqueza. El oro no perdió su valor, pero ahora yace sepultado bajo el mar.

Hace veinte años, cuando se hablaba de "zonas inundables", nadie pensaba que pudiera pasar. El peor escenario para la humanidad, con altas emisiones de gases de efecto invernadero y el deshielo rápido de Groenlandia y la Antártida, preveía una subida del mar de un metro en el 2100 y potencialmente de hasta dos metros en el 2150. Eran muchas décadas. Se veía lejos en el tiempo, demasiado lejos para preocuparse.

En aquel mismo periodo, empezó a germinar un tipo de gobierno, a nivel mundial, que negaba el cambio climático. Se le conoce como la "Era de los lunáticos". Fue una época de grandes cambios tecnológicos, incluida una gran expansión de la carrera aeroespacial enfocada a colonizar otros planetas. Algunos historiadores añadían una segunda clasificación: "Período de la Ironía", basada en la premisa de que los lunáticos se querían ir a Marte mientras destruían la Tierra.

La "Era de los lunáticos" se inició con el suceso de Groenlandia, un enclave codiciado por todos ellos. La isla ofrecía la posibilidad de tener puertos estratégicos, tanto para fines logísticos como militares, pero la congelación del agua en invierno les bloqueaba la actividad. Decidieron solucionar el problema estacional

modificando una corriente marina cálida para liberar el hielo. De esta forma conseguían sus objetivos: tener acceso total a los puertos y habilitar una nueva zona para extraer recursos codiciados como tierras raras, petróleo, gas, uranio, oro, zinc...

Todo sucedió ante la mirada impávida del mundo. Nada, ni nadie—ni organizaciones poderosas ni multitudes revolucionadas— consiguió detener a los lunáticos. Desviaron la corriente del Atlántico Norte y el agua cálida llegó hasta la base de los glaciares costeros de Groenlandia, derritiéndolos a gran velocidad.

Por eso, los apartamentos que estaban en la cuarta línea de mar ahora están a escasos metros del agua.

El paseo marítimo ha desaparecido. Ya no hay playa. Los temporales devoraron la arena.

Cuesta imaginar que aquel lugar, ahora silencioso, estuviera lleno de vida: con restaurantes, hoteles, familias, bicicletas. Como también costaba imaginar, tiempo atrás, que antes de urbanizar, todo aquello fueran extensos pinares, dunas salvajes y una larga playa de arena dorada.

Es difícil prever lo que tendrán que imaginar las siguientes generaciones.

El edificio tiene seis plantas y un terrado. El paisaje que se contempla desde sus ventanas y terrazas es el mar, solo el mar, ahora hostil. Aun así, el bloque de cemento se yergue, aún orgulloso, pero está casi vacío. Están ocupados tres pisos: los más altos. El deshielo no se detiene. El nivel del agua seguirá creciendo.

Esa noche, las guirnaldas de luces en el terrado están encendidas. Una mesa de madera ocupa el centro, justo debajo de las luces. La vajilla está preparada para cuatro comensales.

Solo hay una persona. Ignacio está, de pie, apoyado en la baranda, mirando el horizonte. Siente una profunda tristeza. No hace tanto, recorría aquellas calles con su bicicleta, paseaba por la playa e iba a pescar al atardecer.

Tiene cincuenta años. Llegó al bloque con treinta y fue entonces cuando conoció a Daniela y a su hijo. Juntos formaron una familia. Al principio, vivía en el bajo, un bonito piso con jardín que heredó de sus padres.

Actualmente, el bajo está tapiado: ventanas selladas, puertas bloqueadas, barreras contra el agua. Igual que en los demás pisos, salvo los tres superiores.

Los vecinos mayores murieron antes de que el mar llamara a su puerta. Anselmo no vio desaparecer su playa y, hasta el final, pudo vivir con él las entrañables tardes de pesca. Sus hijos, los herederos, rechazaron el piso. Nadie quiere vivir tan cerca del mar. Solo los que están más arriba resisten.

Ahora, habita Juan. Vivió durante quince años en un trastero del garaje. Su única compañía fue un gato que desapareció antes de que el agua subiera. Nadie sabía que Juan vivía allí, hasta que comenzaron a vaciarse los pisos. Los vecinos dejaron objetos personales en los trasteros, confiando en que algún día volverían al edificio.

En el trastero que correspondía al primer piso encontraron a un hombre. En el pequeño habitáculo había instalado una pequeña cocina y una pica con agua. Dormía en un colchón de goma, en el que sábanas y mantas lo hacían más parecido a una cama. Juan se negó a dejar su techo. No se quiso ir del trastero. Era su casa, la única que había conocido en los últimos veinte años. Pero el agua, en una tormenta, llegó al garaje y lamió las paredes hasta una altura de medio metro.

Los vecinos bajaron a rescatarlo y lo convencieron para mudarse al piso que había sido de Anselmo. Es un cuarto y aún no es inundable. Allí está desde entonces.

Juan es un alcohólico rehabilitado y una buena persona. Es útil y discreto: arregla cosas, ayuda a mantener el edificio, cada vez más tocado por la humedad. Aunque, a veces, se asoma a la terraza y llama al gato.

—¡Gato, Gato, Gato! ¿Dónde estás, Gato? —Lo grita a los cuatro vientos, porque cree que el gato volverá cuando oiga su voz. Pero suele llamarlo durante un par de minutos y, después, se calla.

Encima de Juan, en el quinto piso, vive Amelia. Está en el edificio desde que Ignacio llegó, hace veinte años. Es una mujer agradable y culta, apasionada por la lectura. Su piso es más parecido a una biblioteca que a un hogar, aunque el espacio más destacable es su terraza, la única que está ajardinada. Sufre agorafobia extrema y, desde que Ignacio la conoce, Amelia no ha salido de su casa.

Daniela y él viven justo encima, en el ático.

Se enamoró de Daniela hace dos décadas. Ella había emigrado de Venezuela huyendo del maltrato y la precariedad económica, embarazada de ocho meses. Cuando se casaron, adoptó al niño, Carlitos.

Carlos ya tiene veinticuatro años y hace unos meses que se ha ido. Se enamoró de una chica boliviana y consiguieron una casa en una zona del altiplano andino, por encima de los 3.000 metros de altitud y sin acceso al mar, gracias a los programas de ayuda para jóvenes refugiados climáticos.

Le compraron el ático a Pablo, un consultor inmobiliario, de los últimos vecinos en llegar. Se había ido a vivir a la casa familiar en la montaña. Durante años, en las reuniones de vecinos, Pablo alertó del riesgo de inundación de la zona. Todos pensaban que no lo verían. Pero lo están viendo. Ahora.

Sigue siendo consultor inmobiliario especializado. Antes vendía mansiones en primera línea de mar, y ahora vende casas en lo que antes se llamaban "zonas vaciadas" o España vacía. Son las zonas de la nueva vivienda de lujo.

Entablaron una estrecha amistad en los años de convivencia en el bloque. Durante el verano, su padre lo acompañaba para huir del invierno frío del Pirineo y estar con su hijo. Había hecho migas con Anselmo y disfrutado de memorables jornadas de pesca y cenas tardías en la playa.

Pablo lo llamó hace unos meses. Tenía a su disposición una pequeña casa de piedra, muy cerca del pueblo en el que él vivía, a

una altitud de 600 metros sobre el mar, rodeado de montañas y con un río cerca, lo que aseguraba agua dulce abundante. Le pidió veinticuatro horas para hablar con Daniela, tenía que ser rápido, aquel tipo de propiedad era como el oro: desaparecía al instante del mercado. Le costaba alejarse del bloque, y creía que Daniela se sentiría como él. Pero aquella noche se desató una tormenta furiosa, que provocó olas de seis metros. El edificio parecía tambalearse por el vendaval. Las olas estuvieron a punto de abrazarlo y cubrirlo. Parecía el fin.

El temporal amainó, y, como solía ocurrir, al día siguiente apareció soleado y radiante, con el mar en absoluta calma y de un color precioso. Pero el terror de la noche anterior les hizo sentirlo como un amante traicionero, como un monstruo dormido que podía despertar en cualquier momento. Así que, sentado en el terrado, mientras tomaban el desayuno, Ignacio llamó a Pablo y compró la casa de piedra en la montaña.

Se van mañana.

Oye unos pasos. Amelia sube por la escalera de caracol y se asoma al terrado. La vieja valla de madera que separaba las zonas privadas ya no está. Nada es privado en ese espacio compartido.

—¿No han llegado los demás? —pregunta, ajustándose un chal antes de sentarse en uno de los butacones que subieron del jardín.

El mar ruge. Un rugido profundo, amenazante. Su belleza se ha vuelto hostil. El agua ya está a tres metros de la entrada del garaje.

Desde la terraza del cuarto piso se oye gritar a Juan:

—¡Gato! ¡Gato! ¿Dónde estás, Gato?

—El gato ya está en la cima del Everest, te lo digo yo —le dice Amelia. —Si alguien se salva en este mundo, ese será el gato.

Ver a Amelia en el terrado es casi un milagro. Primero logró salir a la terraza. Y luego, al terrado. Observa su perfil mientras mira el mar. Ella no se irá. Su piso está repleto de libros. Es su vida, su refugio, aunque esté bajo el agua.

—Me hundiré con ellos —le dijo un día a Ignacio. Y él estaba seguro de que así sería. Con sus libros hasta el final.

Daniela llega con dos cestas repletas de comida. Han preparado la cena para compartirla en el terrado.

—Hay que buscar a Juan —dice Amelia.

Ignacio baja a su piso. Pronto están todos sentados alrededor de la mesa. Juan ha dejado de buscar al gato. El silencio reina.

Es una noche de luna llena. El mar parece un espejo. El edificio se refleja entero.

Amelia rompe el silencio:

—¿Cuándo os vais? —pregunta a Daniela.

—Saldremos mañana temprano. ¿Estás segura de que no queréis venir? La casa tiene habitaciones de sobra. Nos encantaría que vinierais —Daniela toma las manos de Amelia. Le tiene mucho cariño.

—Ni con el mar en la puerta me atrevo a salir de casa —les dice— . ¿Y mis libros? ¿Qué hago con mis libros, ¿eh?

—Yo no me voy sin Gato —replica Juan.

Durante la cena, Daniela les explica que Carlos ya está instalado en Bolivia. Lo echa mucho de menos. Ahora entiende mucho mejor a Manuela, la vecina del segundo, la que tanto la ayudó cuando llegó y que siempre estaba melancólica por la ausencia de sus hijos. Todos la recuerdan y brindan por ella. También celebran la vida de Anselmo, el viudo que se convirtió en el padre de todos y que enamoró a Manuela. Murieron con meses de diferencia.

Brindan por Anselmo.

Amelia pregunta por Fátima, la mujer que compartió piso con Daniela al llegar. Se fue a París al poco tiempo de llegar a España, pero en ese escaso año se hizo amiga íntima de Daniela. Las dos vivieron, juntas, los prejuicios y la precariedad cuando llegaron a España. Fátima regentaba la pastelería de su tía, especializada en dulces marroquíes, en la capital francesa. Pero, en la última llamada, le había comentado que estaba valorando irse a un pueblo en el macizo central. París había sufrido dos graves inundaciones por el desbordamiento del Sena. Siempre que hablaban, prometían que se verían.

Brindan por Fátima.

Le toca el turno a Blue, el pastor belga de Amelia. El compañero de vida que la hizo salir a la terraza y subir al terrado. Del felpudo de la entrada, nunca pudo pasar, pero el perro le regaló su amor incondicional y le ayudó a crear lazos afectivos con Daniela, Ignacio, Carlitos, Anselmo...

Brindan por Blue. Y Amelia, con lágrimas en los ojos, les dice:

—Os quiero.

Se rehace rápidamente y seca los rastros de humedad en su rostro.
No hay que estar melancólicos. La vida sigue. Sonríe y vuelve a ser
Amelia.

No puede ser una reunión al uso si no les habla de libros. Está leyendo *El mundo sumergido*, de J.G. Ballard, uno de los primeros autores de novela que abordó el tema de una inundación global por el cambio climático, en 1962.

Juan interviene, diciendo que Noé ya se las vio con la inundación de la Tierra y por eso construyó el Arca. Y aprovecha para brindar por Gato.

Todos ríen.

Son risas tristes, aunque parezca que una risa siempre debe ser feliz.

La cena sabe a despedida.

El mar, calmo y plateado, también los despide.

Epílogo

Ya hace mucho tiempo que la línea costera ha desaparecido. El mar se ha detenido ante las montañas, pero tampoco se sabe cuánto tiempo actuarán como dique de contención.

No llegan buenas noticias de las expediciones colonizadoras que se fueron a Marte. El clima es seco, frío y muy extremo, con una atmósfera tenue, grandes oscilaciones térmicas y frecuentes tormentas de polvo. Pero las complicaciones se están produciendo por la radiación. Aunque se han creado hábitats subterráneos cubiertos de regolito, y las actividades en superficie se realizan durante períodos de baja actividad solar, los efectos de la radiación están causando estragos entre los colonizadores. Dicen que el Gran Lunático, el máximo gobernante de esta era, no ha sobrevivido a la exposición.

Es importante seguir investigando cómo vivir en un planeta inundado, ya que la migración espacial queda muy lejos. No hay voluntarios para las próximas expediciones a Marte. La población no se quiere ir. Prefiere vivir en el mar, en casas flotantes, palafitos y embarcaciones de todo tipo. Poco a poco se están organizando.

En las zonas sumergidas aún hay objetos que pueden ser útiles para la construcción de esta nueva civilización: material médico y quirúrgico, baterías, anclajes, desalinizadoras portátiles...

Las extracciones continúan. Hay un equipo en la zona del edificio sumergido, ese que tenía seis plantas, un garaje y un terrado. Han detectado la presencia de metal.

Los buzos han encontrado, en uno de los pisos, más de doscientas cajas de acero inoxidable. Han llevado una al laboratorio para analizar su contenido y, en base a los resultados, enviarán a una dotación a realizar la extracción del resto de las cajas.

Se ha constatado que los contenedores son de acero inoxidable, sellados al vacío. En el interior hay atmósfera controlada. Poseen un aislante térmico y de resistencia a la presión.

Quien dejó allí todo este material tenía la intención de que lo que había en su interior estuviera perfectamente preservado del agua.

Todos los miembros del equipo se ponen los trajes de protección: guantes, cascos y gafas. No saben lo que contiene.

Con mucho cuidado, y una punta de láser, abren la caja. Miran en el interior con expectación. En el laboratorio resuena un murmullo de decepción.

Solo hay libros. Libros de papel, como los de antes. No tienen ningún valor. Han perdido tiempo y dinero para nada.

Envían la caja al almacén de reciclaje, por equivocación. Uno de los técnicos se da cuenta y cambia la orden de traslado: la caja, vacía, va al almacén de reciclado.

Los libros, al contenedor de basura.

Nadie ha prestado atención a los libros ni a la nota que hay en la caja.

“Para quien encuentre mi biblioteca.

Me llamo Amelia Blasco y he vivido aquí durante veinte años. Estoy sola.

Juan, mi vecino en estos últimos años, murió ayer, ahogado, mientras buscaba a su gato.

El edificio está a punto de sumergirse. Me he trasladado al ático para poder observar cómo se acerca mi última ola, pero antes he

dejado la totalidad de mi biblioteca, almacenada en cajas de acero inoxidable, en gas inerte, para que se conserven perfectamente en el momento de su apertura.

La sociedad que hemos construido en estos últimos años se ha olvidado de los libros. Toda la información y el ocio nos llega a través de formatos digitales, rápidos y cortos, que han ganado terreno a la lectura pausada de un buen libro.

La inteligencia artificial genera obras de forma constante y en apenas minutos, y hemos dejado de valorar la autenticidad de la creatividad humana.

Antes de todo esto, existían libros totalmente libres de inteligencia artificial. Creados por escritores que compartían sus experiencias, nos describían los mundos que imaginaban y nos ayudaban a aprender, a explorar, a entender y a viajar desde una butaca en un salón.

Yo creé mi propia biblioteca. Lo pude hacer en formato digital, pero preferí en papel porque, antes que el mar nos engullera, lo que más temía era una guerra cibernetica en la que nos quedáramos sin energía eléctrica. Mis libros de papel y mis lámparas a pilas me otorgaban la seguridad de seguir teniendo la biblioteca a mi disposición.

No sé cuándo se encontrarán estas cajas. Lo único que deseo es que, en ese tiempo o era que le haya tocado, esta biblioteca sea considerada un tesoro.

Eso significará que el mundo está mejor.

Y que vosotros sois mejores.

Amelia."

Los libros son once y están especialmente bien conservados. Cada uno está en una bolsa de plástico hermética, con el título, un resumen del contenido y un nombre sin relación con la obra.

- *It Had to Be Murder*, de Cornell Woolrich. Relato corto de suspense en el que un hombre confinado por una pierna rota en su apartamento se distrae observando por la ventana y comienza a sospechar que su vecino ha cometido un asesinato. La terraza indiscreta.

- *Flush*, de Virginia Woolf. Novela. Una historia narrada en primera persona por un perro, Flush, que explora temas como la libertad o las clases sociales en la Inglaterra victoriana. Blue.

- *El abuelo que saltó por la ventana y se largó*, de Jonas Jonasson. Novela. Narra la fuga del protagonista, un anciano de 100 años que escapa de la residencia el día de su cumpleaños. Anselmo.

- *Tokio Blues*, de Haruki Murakami. Novela. Sigue a un joven universitario, en el Tokio de los años 60, mientras recuerda su juventud marcada por la pérdida, el amor y la melancolía. Ignacio.

- *Americanah*, de Chimamanda Ngozi Adichie. Novela sobre identidad, migración, racismo y amor. Narrada a través de Ifemelu, una joven nigeriana que se muda a Estados Unidos y allí se enfrenta al descubrimiento de su identidad racial, en una sociedad que la etiqueta por primera vez como “negra”. Daniela.

- *El harén político*, de Fatima Mernissi. Ensayo. Analiza cómo se ha manipulado históricamente el mensaje del islam para justificar la exclusión de las mujeres de la vida pública y política. Fátima.

- *These Foolish Things*, de Deborah Moggach. Novela. Relata las vivencias de un grupo de jubilados británicos que se trasladan a un hotel en la India, explorando temas sobre la vejez y las segundas oportunidades. Manuela.

- *American Psycho*, de Bret Easton Ellis. Thriller. La historia sigue a un joven ejecutivo de Wall Street que, de día, lleva una vida de éxito y, de noche, se transforma en un psicópata sádico. Pablo.

- *Eleanor Oliphant está perfectamente*, de Gail Honeyman. Novela. Narra la vida de Eleanor, una mujer solitaria y metódica con un pasado traumático. Su rutina se ve alterada cuando entabla una inesperada amistad con Raymond, un compañero de trabajo amable. Juntos ayudan a un anciano, lo que desencadena una serie de cambios en Eleanor. A través de esta conexión humana,

Eleanor comienza a enfrentarse a su dolor y a reconstruir su vida. La novela explora temas como la soledad, el trauma y el poder de la amistad. Amelía.

-*El frío modifica la trayectoria de los peces*, de Pierre Szalowski.

Novela. Durante una ola de frío polar en Canadá, un niño desea que sus padres no se separen. Su deseo parece desencadenar una serie de hechos que afectan a los vecinos del barrio, entre ellos un hombre sintecho que busca refugio y humanidad. Juan.

- *El gato que venía del cielo*, de Takashi Hiraide. Novela. Un gato callejero entra en la vida de una pareja de escritores japoneses, transformando su rutina con su misteriosa presencia. A través de sus visitas diarias, el gato se convierte en un símbolo de belleza, libertad y lo efímero. Gato.

En la sección de basuras, retiran las bolsas de plástico y las separan del papel.

Los libros caen en un contenedor. Cuando esté lleno, lo llevarán a la planta incineradora.

Gracias por compartir este tiempo con todos nosotros, los personajes y el autor de *Cuentos de andar por casa*.

Nuestra casa es tu casa.